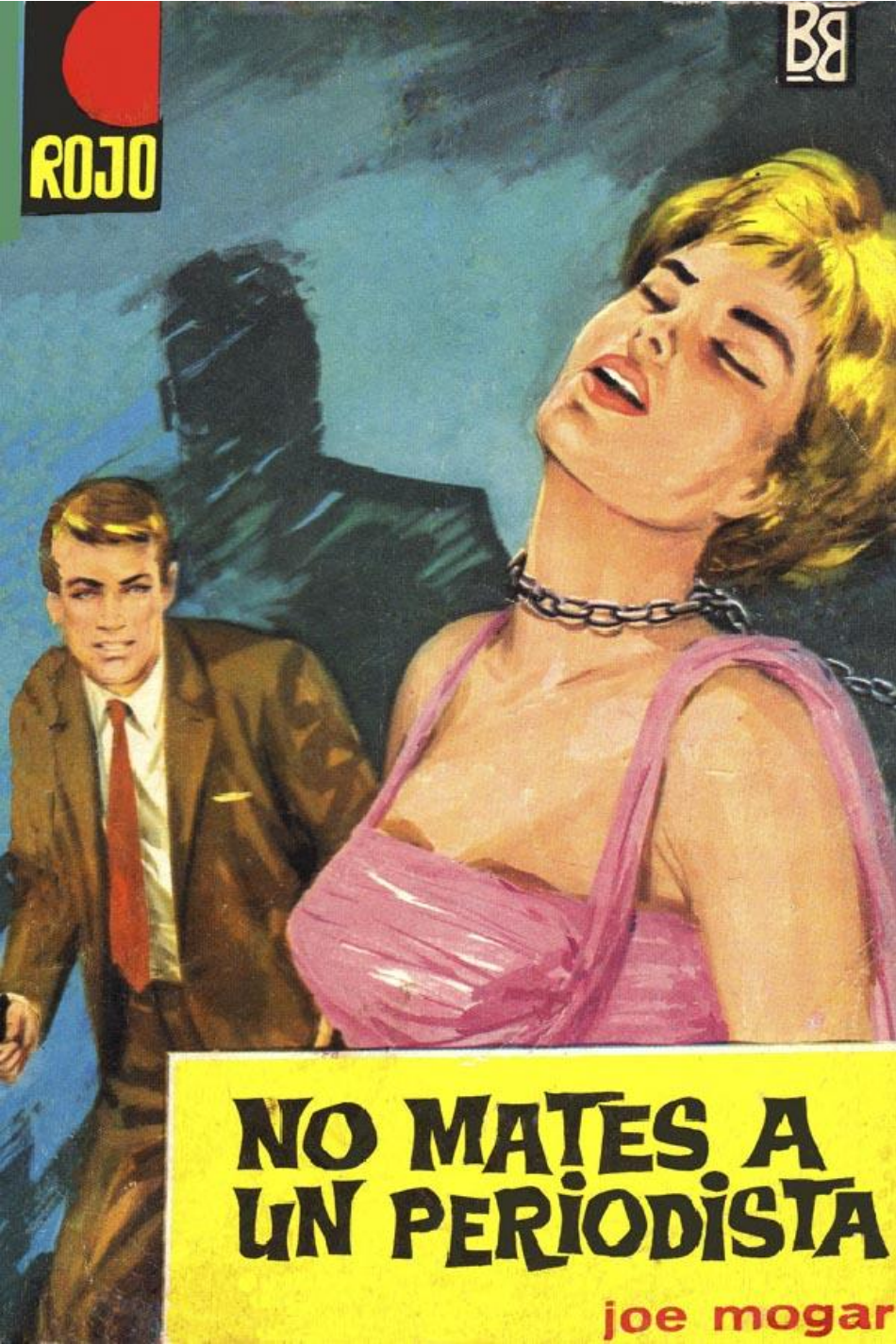




ROJO

BB



A painting-style illustration of a man and a woman. The man, on the left, is wearing a brown suit and a red tie, looking towards the viewer with a serious expression. The woman, on the right, is wearing a pink, strapless, draped dress and a thick metal chain around her neck. She has blonde hair and is looking upwards with her mouth slightly open. In the background, there is a dark, shadowy figure of a person wearing a mask or hood. The overall color palette is dominated by blues, greens, and yellows, with a dark, moody atmosphere.

NO MATES A UN PERIODISTA

joe mogar

NO MATES A UN PERIODISTA

JOE MOGAR

**NO MATES
A UN PERIODISTA**

1.^a EDICIÓN
NOVIEMBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 21453-1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© JOE MOGAR-1962

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 4807/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

733 — Se compra un pistolero.

En Colección BUFALO:

393 — Alias Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

640 — Idilio sangriento.

En Colección CALIFORNIA:

275 — La dama del puma.

En Colección SALVAJE TEXAS:

340 — Sonora Jim.

En Colección COLORADO:

223 — Sólo un pistolero.

En Colección KANSAS:

146 — El que a hierro mata...

En Colección BRAVO OESTE:

88 — Dos balas de plata.

En Colección PUNTO ROJO:

13 — Testamento siniestro.

NO MATES a um periodista

por JOE MOGAR



CAPÍTULO PRIMERO

Es lo mismo que si mataras a un policía.

O a uno de los muchachos del

F. B. I.

Todo esto lo sabía yo, aunque en aquel momento no tuviera ni la más ligera idea de lo que iba a ocurrir, y mucho menos que debido a esta circunstancia me vería envuelto en un lío de mil diablos.

Por ahora, tenía bastante con mis problemas.

Que no son pocos cuando a los veintisiete años se es redactor jefe de un periódico como el «New York Cronicle».

El «Cronicle» es un periódico serio, como lo fue su fundador el viejo Jess Barton, fallecido ya. Al «Cronicle» no le interesa ni la política ni los crímenes, y mucho menos los escándalos diarios de tal o cual actriz, pese a estar enclavado en el mismo Broadway.

El periódico vive de los anuncios más que de otra cosa. Es, como si dijéramos, un diario propagandístico de los mil y un productos que pueden haber en cierta clase de mercados, de la mayor solvencia, se entiende.

Pero crea problemas de difícil solución.

Al menos esto es lo que me sucede a mí.

Dos pasiones he tenido y tengo en la vida.

La primera, cuando era casi un niño, fue el periodismo. La segunda, fue y es mi mujer.

Leila.

Leila tiene en su figura de todo cuanto puede tener una rubia, y una rubia es un combinado de

T. N. T.,

nitroglicerina, una parte de dinamita, otra de tetralita y un noventa por ciento de ese compuesto con el cual se fabrica la bomba

atómica.

Después, mézclese todo... ¡y adivine usted el resultado!

Ésa es Leila.

Leila, que hace tres meses marchó de su casa, para ocupar su propio apartamento. Leila, que está dispuesta a pedir y obtener el divorcio a toda costa.

—¿De qué me acusa?

No lo sé, aunque creo que de incompatibilidad de caracteres.

Después de todo, la acusación no implica para mí una gran ofensa. He oído otras muchas peores.

Bueno, éste es mi problema, sin solución aparente, y todo por culpa del «Cronicle».

Como siempre voy pensando en lo mismo, desde hace noventa días, mientras desde mi apartamento, ahora solo y vacío, me dirijo a la Redacción.

Mientras subo en el ascensor hasta el noveno piso, voy pensando en lo mismo. En Leila.

Pero cuando entro en mi despacho y miro a la mujer que me aguarda allí, sentada detrás de la vieja «Underwood», con su ceñida falda a medio muslo y la pícara sonrisa en sus labios gordezuelos y rojos, mientras me mira con sus hermosos ojos verdes, pienso que, se diga lo que se diga, la vida no es tan desagradable.

—Buenos días, míster Brent.

—Hola, Liz —repliqué—. ¿Algo de nuevo?

—No. Lo de siempre. El caso de Chick Donalson, que ha sido fallado esta mañana.

Me detuve con la mano en el tirador de la puerta que conduce directamente a mi despacho privado y la miré:

—Absuelto, ¿verdad?

Liz Grant hizo una mueca y replicó.

—Claro, ¿qué otra cosa podía esperarse? Absuelto completamente, y con todos los pronunciamientos favorables. ¿Cuándo diablos va a acabar la policía con esta clase de lobos, míster Brent?

—Eso es cuenta de los periódicos sensacionalistas y no de nosotros, Liz. Y más que de éstos, de la policía —la miré silenciosamente durante unos minutos y pregunté—: Al Simns era el encargado de esta crónica, ¿no?

—Sí, míster Brent.

—Cuando llegue dígle que quiero verle. Deseo leer su artículo antes de darlo a las máquinas.

—¿También tiene usted miedo?

Sonreía ligeramente.

—No, querida. Pero el «Cronicle» no es de esa clase de periódicos.

—Por desgracia —dijo ella.

—¿Qué quiere decir?

—Que contando con un jefe como usted, si se dedicara a esto, aumentaría la tirada y con ella el sueldo de sus empleados.

No le falta la razón a Liz; pero esto no viene al caso, como tampoco el que continuemos esta conversación que puede degenerar en una discusión que a nada conduce.

—¿Qué diablos me importa a mí Chick Donalson y su pandilla de «gangsters»?

Por tanto, pasé por alto sus aduladoras palabras, y dije:

—Bien, tesoro, dígle que deseo verle.

Liz me sonrió como solo ella sabía hacerlo y repuso lentamente:

—Al le está esperando desde hace rato detrás de esa puerta, míster Brent. Creo que desea pedirle algo especial.

La miré de pies a cabeza, di media vuelta y me adentré en mi despacho luego de dar las gracias.

Desde luego, Liz tiene unas piernas que son una maravilla.

Al Simns es un verdadero sabueso. Más de una vez le he dicho que su sitio verdadero no es estar de reporter en un periódico como el «Cronicle». Pero nunca me ha hecho caso.

Esto puede ser a causa de mi amistad con él, ya que nos tuteamos. Nos hemos criado juntos, y en esta segunda guerra mundial hemos servido en la misma unidad.

Alto, rubio y de ojos grandes y azules, como los de una mujer. Su perfil es netamente helénico, y su porte, en conjunto, el de un atleta.

No se levantó al verme. Permaneció sentado en el sillón, con un largo cigarrillo entre los labios y el ceño fruncido, e instintivamente me puse en guardia.

—Llegas tarde —fue lo que dijo por todo saludo.

Sin replicar rodeé la mesa y me senté detrás de ella.

Saqué un arrugado paquete de cigarrillos del bolsillo izquierdo de la americana y lo encendí.

—Desembucha, Al —dije después de expeler unas cuantas bocanadas de humo—. Liz me ha dicho que deseaba pedirme algo.

—¿No lo adivinas?

—No estoy para adivinanzas, Al, tengo mucho trabajo.

—Quiero pedirte que extraoficialmente me dejes seguir este caso.

—¿Qué caso, Al? —pregunté aun sabiendo de antemano cuál iba a ser la respuesta.

Él también estaba seguro de ello, ya que me miró con aire socarrón.

—Vamos, Jeff —replicó—. No te hagas de nuevas. Sabes que me refiero al caso de Chick Donalson. Deseo seguir en él.

—¿Qué puede importarnos a nosotros? —pregunté no deseando darle el permiso que me pedía.

—Nada. Pero a una gran parte de Nueva York sí, Jeff.

—Sigo opinando que es cosa de la policía, o del

F. B. I.

—Y de nosotros —retrucó Al—. Y de todo ciudadano decente. Escucha, Jeff... —Y me arrellané en el sillón dispuesto a escucharle ya que sabía que no tenía más remedio que hacerlo, puesto que Al es tan tozudo como una mula—. Ese tipo es un cerdo en toda la extensión de la palabra. Ha sido acusado de trata de blancas, de chantaje y de pagar a agentes subversivos para que dificulten las cercanas elecciones. Nada de eso se le ha podido probar, pero es la verdad.

Calló, mirándome, intentando adivinar el efecto que me habían producido sus palabras.

Por tanto repliqué:

—Sigo sin saber qué tenemos que ver nosotros en esto, Al.

Hizo un gesto de cólera mal reprimido y abrió la boca para hablar. Pero no pudo hacerlo. Don Forrester, nuestro jefe de máquinas, desde el umbral de la puerta estaba pidiendo permiso para entrar.

—Sí, pase, Don —dije autorizándole.

CAPÍTULO II

Entró y durante unos segundos los tres nos contemplamos en silencio, hasta que finalmente Forrester dijo:

—He venido a preguntarle, míster Brent, cuánto espacio dejo en primera plana para el caso Donalson.

—Nada de primera plana, Don —respondí—. Deje un par de columnas en las páginas centrales y espere a que le envíe el original del informe de Simns.

No dijo nada en contra, pero me miró con asombro. Después dio media vuelta y se alejó. Desde la puerta dijo:

—De acuerdo. Ahora, le agradeceré que no se retrase mucho. Apenas si tengo tiempo para que la edición de esta noche salga a la calle a su hora.

No esperó respuesta para salir definitivamente, y Al y yo nos miramos en silencio un par de minutos.

—Bien, Al —dije—, ya has oído al viejo Forrester. Nos está esperando. Venga ese reportaje.

Introdujo la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó unas arrugadas cuartillas, que me entregó.

Me puse a leerlo en el acto.

Era un buen trabajo. Pero un trabajo que yo tenía que mutilar mal que le pesara. Otra cosa hubiera sido si el «Cronicle» se dedicara al sensacionalismo.

—Esto no se puede publicar, Al —dije sencillamente y mirándole a los ojos.

No se alteró. Su voz también sonó normal cuando me replicó:

—Ya lo había supuesto, Jeff. Por tanto, tacha lo que quieras, pero yo voy a seguir con esto.

—Pero ¿por qué?

—¡Cuernos! Ya te lo he dicho, pero al parecer tú has cerrado los oídos y los ojos a todo cuanto no sean los anunciantes y las frases más o menos pomposas de las propagandas. Por favor, Jeff, ¡déjame seguir! —hizo una pausa y siguió en vista de que yo no decía nada —: Tengo una pista. Una buena pista. Se trata de una rubia despanpanante. He hecho amistad con ella y la chica sabe bastante del tal Donalson. Es una pájara, pero...

Ya no le escuchaba. Al había hablado de una despanpanante rubia, y el recuerdo de Leila me golpeó el cerebro como un mazo.

—Haz lo que quieras, Al —asentí distraídamente.

Al punto se puso en pie y me miró.

—Gracias, Jeff —dijo, y volví a escucharle dándome cuenta que por primera vez había roto con mis principios, pero ya no podía volverme atrás—. Se trata de Liz. Esa chica... Bueno, ¿por qué no la invitas aunque sea una sola vez a alguna parte? Se pondrá contenta.

Comprendí o creí comprender la intención de Al, pero aun así contesté bruscamente:

—Cuando yo desee divertirme con una chica la escogeré yo, sin intermediarios, Al.

—Porque eres un solemne majadero —dijo saliendo antes de que pudiera replicarle.

Después y, de una manera mecánica, puse manos a la obra sobre el reportaje que tenía ante mis ojos.

Mis pensamientos se borraron entonces y, poco a poco, haciendo tachaduras aquí, enmiendas allá, logré hacer algo a mi completo gusto, y al gusto del público que compra el «Cronicle», en particular.

Instintivamente pulsé el timbre colocado a mi derecha y casi en el acto apareció Liz.

Una llama.

Eso era Liz. Una llama, lo mismo que su cabello que le caía en rizados tirabuzones sobre sus bien torneados hombros.

Unas finas cejas encima de dos maravillosos ojos verdes, en un rostro puro y angelical, perfecto.

Los senos altos y orgullosos, que amenazaban con romper todas las trabas y desbordarse por la exagerada abertura del escote en forma de «v».

Esto, unido a la estrecha falda, de las llamadas de «tubo», hacía

de Liz Grant una excepcional pelirroja. Algo que mareaba.

Algo sumamente peligroso y agresivo, de curvas fascinantes y tentadoras. Un peligro capaz de detener la circulación en el mismo centro de la Quinta Avenida, y multar al urbano si intentaba reanudarla antes de que ella desapareciera.

—¿Desea algo, míster Brent? —preguntó en vista de mi silencio—. Y... ¿por qué me mira así?

Yo sé muy bien cómo debía de estar mirándola, pero no respondí a su segunda pregunta. Me limité, pues, a alargarle las cuartillas de Al Simns y decirla:

—Lleve esto al viejo Forrester y luego vuelva. Deseo hablar con usted, Liz.

Cuando salió, pregunté por qué había hecho aquella segunda petición y no logré darme una respuesta satisfactoria.

Cuando regresó, el semblante de Liz expresaba gran preocupación. Sin decir nada se dejó caer en un sillón, frente a mí, y sin recato alguno cabalgó una de sus maravillosas extremidades sobre la otra.

—¿Y bien, Liz? —pregunté—. ¿Qué ocurre ahora?

Siempre en silencio ella me tendió un sobre, que, obedeciendo las órdenes que le di cuando vino a trabajar conmigo, había abierto y leído.

Lentamente, presintiendo no sabía qué, lo abrí, y acto seguido me puse a leer el contenido. Después clavé mis ojos en ella.

—¿Sabía esto antes de leer esta carta, Liz? —pregunté.

Denegó con la cabeza y agregué:

—Entonces tampoco sabrá quién compra el «Cronicle», ¿verdad?

—No, no lo sé —contestó.

Pero en sus ojos vi una sospecha que no me pasó inadvertida.

—¿Por qué no me lo cuenta todo, Liz?

—¡Pero si se lo he dicho todo, míster Brent!

—Está bien, tesoro —dije sin pensarlo mucho—. ¿Qué le parece si celebramos esta noche, los dos juntos, la muerte del viejo periódico?

Cerrando los ojos, y por unos segundos creí que me bañaba en dos estanques de luz.

—¡Míster Brent! —exclamó.

—¿Por qué no?

Se levantó del sillón y lamenté que lo hubiera hecho, ya que espectáculos como el que ofrecía sentada solo suelen verse en Broadway.

Miró el reloj, y después clavó sus ojos en los míos.

—De acuerdo —dijo—. Acepto por esta noche, pero no me invite más. No es...

—¿Lógico, Liz? ¿Por qué? Leila era mi secretaria aquí, hasta que se casó conmigo.

—Pero ahora es algo bien diferente, míster Brent —replicó—. No me gusta el divorcio. No soy partidaria de él, aunque comprendo lo que le pasa.

—¿Qué es ello, Liz?

Sonrió levemente.

—Se encuentra muy solo. Eso es todo.

—¿Y usted no?

—Sí, también.

—¿Por qué?

Volvió a sonreír.

—Es una pregunta que no tiene respuesta en este momento, míster Brent.

No insistí aunque sí respondí:

—Bueno, y ya que vamos a salir juntos, ¿por qué no intenta llamarme Jeff?

Sonrió por tercera vez y dio media vuelta hacia la; puerta, tan rápidamente que sus curvas de diosa quedaron enmarcadas con nitidez bajo la estrecha falda.

—Lo intentaré... después.

Salió rápidamente y quedé pensativo, con los ojos clavados en la puerta que acababa de cerrar.

Liz no era partidaria del divorcio. Yo tampoco. De esto no tenía la menor duda. Pero ella, ¿qué había querido decir con sus palabras?

Y Leila, ¿dónde estaba? ¿Qué hacía en aquellos momentos?

Intenté imaginármelo pero no pude.

Media hora más tarde seguía pensando en lo mismo, y esperando la aparición de Forrester que debía traerme las pruebas de imprenta, mientras mis ojos estaban clavados sin verle, en el sobre y en la carta, en la cual la vieja *mistress* Barton me

comunicaba su decisión de vender el «Cronicle», pero sin decirme el nombre del comprador.

Mis pensamientos los interrumpió la llamada de Forrester. Le hice entrar en el acto, y media hora más tarde habíamos terminado de corregir algunas de las pruebas.

Eran las nueve de la noche cuando di por finalizado mi trabajo, me puse en pie y fui al despachito de Liz.

Me estaba esperando con los guantes y el bolso a su lado, en pie, y arreglándose las costuras de las medias.

Un redactor-jefe de un periódico como el «Crómele» no debe de silbar cuando ve a una chica en aquellos menesteres, y por eso no lo hice y no por falta de ganas.

Liz levantó los ojos y me vio. Trazó con los labios una perfecta «O», y después se enderezó para, acto seguido, alisarse la falda sobre los muslos.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—Cuando usted quiera, Jeff —replicó—. ¿A dónde me llevará?

Moví los hombros para dar a entender que poco me importaba.

—A donde usted quiera, Liz.

—Entonces lléveme al «Palas».

La tiré con asombro, porque el «Palas» era uno de los clubs nocturnos de Chick Donalson.

Ella pareció darse cuenta, ya que añadió sin darme tiempo a decir nada.

—Sé lo que está pensando, Jeff, pero me gusta la comida que dan allí. Claro que si tiene algún inconveniente...

—Nada de eso, tesoro. Iremos a donde quieras.

Me miró abriendo mucho los ojos al darse cuenta de mi súbito tuteo, pero no protestó.

Salimos en el acto.

Unos segundos más tarde estábamos instalados en el interior de mi «Mercury» modelo del año anterior, y mirándonos fijamente.

Resistí la tentación de besarla en aquel momento.

Pero ¿hasta cuándo?

De manera instintiva y, sin dejar de mirarla, apreté el «demarré». El motor zumbó levemente, y cuando me volví para mirar frente a mí, Liz me tomó del brazo.

De nuevo nos quedamos mirando a los ojos. Ella me sonrió

prometedora.

—Esta noche deseo olvidarme de todo, Jeff —dijo—. Por tanto, puede hacer lo que estaba pensando... ahora.

Lo comprendí al instante y mis manos rodearon su cintura. Mientras nos besábamos, noté sus dedos en mi nuca. Pero sólo fue un instante. Después perdí la noción del tiempo y de las cosas.

Cuando nos separamos, la tela de la blusa parecía no resistir el impulso de su prominente seno.

CAPÍTULO III

El «Palas» era como todos los clubs nocturnos que yo había visitado. Estaba instalado con un lujo sencillo y de buen gusto. Una barra situada al fondo del mismo, donde se servían toda clase de bebidas, una orquesta compuesta de negros, una pista de baile y junto a la orquesta una pequeña elevación donde actuaban las artistas, y detrás de ésta los cortinajes que yo adiviné cubrían la entrada a los camerinos.

Liz y yo nos sentamos a una mesa cercana a la orquesta y pedimos unos aperitivos en tanto nos servían la cena.

Mientras bebíamos la observé.

Era hermosa. Endiabladamente hermosa la tal Liz. Y ella lo sabía.

Ahora estaba mirándome con sus ojos verdes, más brillantes que nunca, y una indefinible sonrisa en su boca.

—Sé lo que estás pensando, Jeff —me tuteó repentinamente ante mi sorpresa.

—¿Qué es ello, ricura?

—En que soy muy hermosa —repuso con desparpajo—. Eso en parte. También te estás preguntando por qué diablos te he traído aquí. Mi explicación sobre que me gustan las comidas que sirven aquí no te ha satisfecho por completo. ¿Acierto?

Era la verdad, Por tanto, me limité a sonreír esperando que ella hablara.

No lo hizo porque nos interrumpieron. Y la interrupción no me gustó, porque frente a mí y, situado a la izquierda de Liz, como si hubiera brotado del suelo, o del mismo infierno, estaba nada menos que Chick Donalson con una sonrisa untuosa en sus labios carnosos y descoloridos.

—Buenas noches, míster Brent..., y la compañía. ¿Puedo sentarme?

Hice un gesto de asentimiento aunque maldita la gracia que me hacía, y una vez que lo hubo hecho, al lado de Liz, y por tanto frente a mí, pregunté:

—¿Puedo saber a qué se debe el honor de esta visita extraordinaria, míster Donalson?

De nuevo sonrió poniendo de manifiesto su magnífica dentadura.

—Pues claro que puede; Mi visita ha sido sencillamente porque deseo obsequiarles esta noche. Por tanto, ya lo sabe, míster Brent; todo el gasto corre por cuenta de la casa.

Le miré largamente mientras una sospecha nacía en mi mente. Acababa de recordar la expresión de los ojos de Liz, cuando le pregunté si ella sabía o sospechaba algo más sobre la inopinada venta del «Cronicle».

—¿Por qué se muestra tan obsequioso con nosotros? Si mal no recuerdo no nos hemos tratado nunca, míster Donalson —repliqué.

Fingió asombrarse ante mis palabras, pero yo sabía que no. Entretanto Liz silenciosamente nos observaba.

Durante unos segundos en que nuestras miradas se encontraron, deseé saber qué idea se le había ocurrido y al mismo tiempo si deliberadamente me había llevado allí, para enfrentarme con aquel coloso del crimen.

Mis pensamientos los interrumpió la voz de Donalson:

—A partir de este momento nos trataremos mucho, y a fondo, míster Brent —afirmó.

Mi sospecha aumentaba por momentos. Casi tenía la certeza de que era cierta, cuando repliqué con una nueva y sencilla pregunta:

—¿Por qué?

Fingió ahora escandalizarse.

—¡Pero no lo sabe! Creí que *mistress* Barton se lo había comunicado —hizo una pausa y después añadió confirmando lo que sospechaba—: Bien, ya que ella no lo ha hecho lo haré yo. Dentro de una semana a lo sumo me haré cargo del «Cronicle». Voy a comprarlo.

Presumo, aunque no estoy seguro, que ni un solo músculo de mi rostro se movió.

—No, no lo sabía. Sé, eso sí, que el «Cronicle» iba a ser vendido, pero no a usted. Es un periódico demasiado serio para...

—Un tipo como yo, ¿verdad? —sonrió aunque de dientes para afuera—. Pues precisamente es lo que deseo; un diario de la seriedad del que hablamos.

—¿Y para qué lo quiere?

—Es sencillo. Pienso en las elecciones y...

Le atajé con un gesto.

—Es decir —dije—, que la compra del «Cronicle» obedece a que desea hacerle intervenir en las próximas elecciones, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Cuál es su candidato, si puede saberse?

—Alfred Morganson, míster Brent —replicó con una cínica sonrisa en sus labios.

—¿Y espera que le ayude yo?

—Usted es el jefe de la redacción, míster Brent. Dentro de una semana yo seré el dueño del periódico y, por tanto, su jefe.

Le miré. Después alargué la mano y tomé el vaso de «Martini» que nos habían servido a Liz y a mí. Bebí un poco y repliqué:

—Usted nunca será mi jefe, míster Donalson.

—¿Por qué?

Su rostro ya no estaba tan sonriente, y sus ojos viscosos como los de un reptil brillaban con fuerza inusitada.

Empero no me amedrenté por ello.

—No me gustan los tipos como usted. Eso por primera providencia. La segunda es que para entonces puede que yo haya acabado con usted, o usted conmigo. Ahora, ¿sería tan amable que nos dejara solos? Temo que me sentará mal el «Martini» si continúa más tiempo con nosotros.

Se levantó sin cambiar de expresión, pero antes de alejarse definitivamente soltó una andanada final:

—Será mejor que lo piense despacio, míster Brent.

No repliqué, ya que en el acto me encaré con Liz, que me miraba con una sombra de preocupación en los ojos.

—¿Sospechabas esto, Liz? —pregunté.

—Sí, Jeff —repuso sin la menor vacilación.

—¿Por qué?

—Eso..., Jeff, perdona, no te lo diré nunca —y añadió aprisa—:

Me gustaría bailar un poco antes de cenar. ¿Por qué no me invitas a hacerlo?

Me puse en pie sin insistir en mi pregunta. Mi experiencia de periodista me ha enseñado que cuando una mujer dice «nunca» o «no», lo mejor es dejarlo para más adelante.

Para otro momento más propicio.

La enlacé por la cintura y la llevé al centro de la pista. A medida que bailábamos, notaba la tibieza del cuerpo de ella, viendo cómo sus ojos brillaban inusitadamente.

Después fuimos a cenar, y más tarde volvimos a la pista. Luego y, sin saber cómo, me encontré con ella en la terraza del club, teniendo a ambos lados de nosotros sendos macizos de flores.

Liz permanecía acodada en la barandilla con los ojos fijos en las luces multicolores de Broadway, tal vez ciento cincuenta yardas por debajo de nosotros.

Encendí dos cigarrillos y le ofrecí uno, llamándola.

Se volvió en redondo, miró los dos cigarrillos y luego me miró a mí. Casi en el acto la tuve en mis brazos, y su beso fue de fuego. Como su cabellera, como toda ella.

Apenas si respiró cuando dijo:

—¡Oh, Jeff!

Y me besó de nuevo.

Al separarnos mucho después, aplasté con el zapato los dos cigarrillos y acto seguido consulté mi reloj de pulsera.

—¿Qué hora es? —me preguntó.

—Las dos de la madrugada, Liz.

—¡Oh! Es muy tarde. Anda, llévame a casa —sonrió—. Mañana hay que levantarse temprano para ir al periódico. Eres un tirano, Jeff.

—Según tengo entendido por poco tiempo, Liz.

No replicó, y cogidos del brazo regresamos al interior. En el ropero ella reclamó su bolso y los guantes y salimos a la calle.

Pero antes, al adentrarnos en la puerta giratoria, vi cómo un enorme sedán pintado de negro se apartaba del bordillo.

Vi también una magnífica cabellera rubia, un maravilloso perfil, y al otro lado, frente al volante, la cabeza de un hombre cuyas facciones no pude distinguir.

Cuando llegué a la acera, las luces pilotos del sedán se perdían

entre el intenso tráfico de Broadway hacia la calle 17.

Miré a Liz, y antes de que preguntara nada sus ojos me dijeron que ella también lo había visto.

Ella también había visto a Leila en el interior de aquel lujoso automóvil, y acompañada por cierto.

No dijo nada. Se limitó a andar hacia la playa de estacionamiento donde tenía aparcado el «Mercury». Ambos subimos, y, sin decir una sola palabra, conduje hasta el número 717 de la calle 13 Este donde tiene su apartamento.

Y fue al descender cuando verdaderamente para mí empezaron a complicarse las cosas.

CAPÍTULO IV

Chilló.

Gritó de una manera inhumana, que me puso el vello de punta.

Y lo hizo precisamente cuando la falda se enredó con el freno de mano. Bajé los ojos y miré. Tenía una carrera en la media.

En el acto pensé que una mujer no chilla de aquel modo porque se le estropee una media más o menos.

Entonces levanté el rostro y la miré.

Vi sus ojos llenos de espanto. Sus firmes senos alentando trabajosamente y su actitud de horror.

Entonces reparé en que tenía extendido uno de sus morenos brazos, y estaba señalando la parte trasera del «Mercury».

Miré hacia allí.

Fue bastante. El cadáver de Al Simns yacía en el fondo del coche, de lado, presentando la nuca completamente destrozada, por donde había salido la bala que le entró por el ojo derecho.

Abrí la portezuela, haciéndome cargo de la situación. Sin decir una palabra tomé a Liz por el brazo y la hice descender. Minutos más tarde nos encontrábamos en su apartamento, coquetón y confortable.

Cuando volví del frigorífico a donde había ido a buscar unos trocitos de hielo para los dos *whiskies* que había preparado. Liz estaba más tranquila, aunque sus ojos seguían reflejando algún miedo.

—¿CÓ... cómo ha sido? —preguntó.

—Qué sé yo, ricura. Alguien le mató y lo metió en mi coche. Es un delicado presente y...

Callé, no deseando decir todo lo que pensaba.

Al Simns. Mi amigo Al estaba muerto dentro de mi coche y no hacía ni ocho horas que me había pedido ocuparse del caso Donalson.

Liz cortó mis pensamientos al reanudar la charla con voz un poco más firme.

—No... no me lo explico, Jeff. El pobre Al... —calló mirándome intensamente y luego agregó en un susurro—: A no ser que haya sido el propio Donalson quien le haya matado o mandado matar.

Era lo mismo que estaba pensando yo, pero me lo callé, aunque respondí:

—¿Por qué Donalson, Liz?

—Es fácil de deducir —bebió un poco de *whisky* y continuó—: Al me dijo que quería verte para hablarte de Donalson. Deseaba seguir este caso hasta el final. No sé lo que había averiguado de cierto, pero, al parecer, según los libros de Donalson, faltan trescientos mil dólares. El Fisco, la policía y varios organismos más sospechan que los ha empleado para dificultar las próximas elecciones.

—Esto es algo que no sabía, Liz —repliqué un poco perplejo—. Al nada me dijo al respecto, ni tampoco lo mencionó en su reportaje de hoy. ¿Por qué lo calló?

—Tal vez temió que tú lo tacharas, Jeff.

—Sí... —repliqué poco convencido—. Oye, tesoro; Al dijo que tenía que ver a una rubia —recordé su expresión y el calificativo que le dio al nombrarla y fruncí el ceño—. ¿Sabes tú fié quién se trata?

Me miró con asombro, pero, sin saber por qué, intuí que era fingido.

—No, Jeff —replicó—. ¿Cómo había de saberlo?

Sin soltar el vaso de la mano me acerqué al teléfono y disqué un número. Unos segundos después estaba en comunicación con el Departamento de Homicidios, y minutos más tarde volvía a mirar a Liz, pensando en Leila.

¿Qué diablos estaba haciendo en el club aquella noche?

Sentí como si el suelo del apartamento de Liz vacilara bajo mis pies cuando la horrible sospecha me golpeó el cerebro.

¿La rubia despampanante a que había aludido Al era mi esposa?

Deseé no pensar en ello y seguí mirando a Liz, intentando por todos los medios distraerme, apartar de mí aquellos pensamientos.

Formulé, por tanto, una nueva pregunta:

—¿Sospechas a quién le ha podido dar Donalson esa carretada de billetes, querida?

—Me estoy devanando los sesos por intentar adivinarlo, Jeff. Pero no lo consigo.

—Eso quiere decir que tus pensamientos corren al unísono de los míos, ¿no?

—Así parece ser, querido.

Mi respuesta la cortó el sonido estridente de la sirena policial.

Miré a Liz.

—No te muevas de aquí, preciosa —dije—. Les recibiré yo.

Sin esperar respuesta crucé el «*living*» y salí a la escalera. Tres minutos más tarde estaba junto al «*Mercóury*», y uno después el coche policial tomó la próxima esquina sobre dos ruedas.

Hice una seña con la mano y con un violento chirrido de frenos y gemir de maltratadas cubiertas, el sedán se detuvo detrás de mi automóvil.

Antes de hacerlo del todo, el teniente Ricks Patterson de la Metropolitana, estaba en la acera andando rápidamente hacia mí.

—¿Qué diablos nos han di...?

—Véalo por sí mismo, teniente —atajé señalando con el brazo extendido el «*Mercury*».

Tras lanzarme una mirada especulativa se acercó al automóvil y abrió la portezuela mientras que los hombres que llevaba se reunían con él.

Encendí un cigarrillo.

Lo hice dispuesto a esperar, pero mi espera resultó corta. Apenas habrían transcurrido un par de minutos cuando vi al teniente Patterson que de nuevo se acercó a mí.

—¿Cómo lo descubrió usted, míster Brent?

—No fui yo, si no mi secretaria. Habíamos salido juntos esta noche, teniente. Cenamos en un club nocturno de Broadway y salimos sobre las dos de la mañana, viniendo directamente aquí. Al ir a descender, mi secretaria se enganchó la falda en el freno de mano. Supongo que al mirar vio algo detrás y entonces gritó. Fue cuando le descubrí.

Me miró pensativo, y, sin pecar de inmodesto, estoy por asegurar que adiviné todos y cada uno de sus pensamientos.

—¿Por qué le mataron, míster Brent? —preguntó.

—Si se lo dijera se reiría de mí, teniente —repliqué con voz sorda.

—¿Usted cree? —Preguntó con sutil ironía—. No obstante, desearía saber cuál es su opinión.

Fumé en silencio unos cuantos segundos.

—Usted lo ha querido, teniente —respondí después—. El asesino es un pez demasiado grande para las fauces de la policía de Nueva York. Yo diría que lo es hasta para los del

F. B. I.

¿Qué le parece, teniente?

—Que todavía no me ha dicho su nombre, míster Brent.

Sonreí torcidamente.

—¡Claro que no! —repliqué—. Pero lo voy a hacer ahora. Su asesino se llama Chick Donalson. ¿Es esto una sorpresa para usted, teniente?

No respondió a mi pregunta, pero sí dijo:

—Es una acusación demasiado peligrosa, sin pruebas, míster Brent.

—¿Pruebas? ¡Al cuerno! Le daré tantas que no podrá con ellas, cuando acabe con ese cerdo, teniente Patterson. ¿O es que no sabía que Al Simns, por orden mía estaba investigando el caso Donalson?

Me miró con interés inusitado.

—¿Por qué, míster Brent? —preguntó.

—Faltan trescientos mil dólares, que han ido a parar a algún sitio. Faltan, y ni la policía ni el «fisco» han logrado averiguar a dónde fueron a parar. Hay quien dice que fueron empleados para la campaña electoral, pero lo cierto es que no se ha podido capturar a ningún agente subversivo. ¿Dónde están esos dólares, teniente? ¿A qué «manos» han ido a parar? Estoy seguro que Al lo sabía y por eso le mataron.

Hubo algunos minutos de silencio.

—¿Qué piensa hacer, míster Brent? —preguntó—. Supongo que no publicará nada de esto, ¿verdad? El «Cronicle» no es periódico...

—Compre un ejemplar mañana, teniente —corté con voz ronca—. Verá en primera página mi reportaje, porque voy a ser yo quien lo escriba y lo firme. Si hasta ahora el «Cronicle» no ha tenido nada que ver con esta clase de sensacionalismos, no olvide que ha sido

asesinado uno de sus hombres. Es... es lo mismo que cuando matan a un policía. O a uno de los muchachos del

F. B. I.

Es lo mismo que si un día le asesinan a usted, teniente.

Me miró reflexivamente, y ahora tardó mucho más en contestarme. Pensaba y creí saber en qué.

—Supongo que no habrá manera de disuadirle, ¿verdad?

—No, no la hay. Antes perderé el pellejo que renunciar a ello, teniente.

—Esto no me gusta en modo alguno, míster Brent. Por tanto, debo advertirle que si recarga demasiado las tintas tendré que prohibirle publicar nada relacionado con el caso hasta que el Depar...

—¿Cree que le haré caso, teniente? —pregunté atajándole por tercera vez.

Me sonrió lo mismo que pudiera hacerlo un lobo.

—Estoy seguro de que no lo hará por orden mía, míster Brent. Pero puedo conseguir una orden judicial. No lo olvide.

Ahora el que sonrió fui yo, y por la expresión de su rostro adiviné que mi sonrisa no le gustaba en absoluto.

—¿Qué supone ocurrirá después, teniente? —pregunté—. Podrá callar al «Cronicle» con su mandamiento judicial, pero no a mí.

—¿Qué quiere decir?

—No se impaciente, teniente, que a eso voy. Traiga la orden judicial y tan pronto la tenga en mi poder, buscaré un teléfono y telefonearé a la «United Press». ¿Sabe lo qué significa esto? Pues la radio, la televisión y que ningún periódico, no sólo de Nueva York, sino de toda la Nación, dejará de publicar una sola línea de este reportaje, tal y como yo lo dicte o escriba. Pero aún hay más, teniente: El nombre de usted saldrá en letras de molde. Diré que cierto teniente del Departamento de Homicidios ha conseguido una orden judicial para suprimir todos los reportajes sobre la muerte de uno de sus periodistas. En este caso usted, Patterson. Toda la Prensa se preguntará por qué lo ha hecho. Qué motivos tiene para ello. Qué...

—¡Basta, míster Brent! —me atajó—. Le creo muy capaz de hacerlo. ¿Dónde está *miss* Grant?

—Arriba en su apartamento, teniente. Muy afectada, por cierto.

—Lo comprendo, pero no tengo más remedio que hacerle unas cuantas preguntas.

—Bien —repliqué—; venga conmigo.

—Un momento, por favor.

Se alejó en dirección al «Mercury» y le vi hablar con sus subordinados. Después regresó a mi lado y ambos subimos a enfrentarnos con Liz.

Las preguntas que el teniente Patterson formuló a Liz fueron poco más o menos las que me hizo a mí.

Una hora más tarde nos dejó solos después de decirme que se llevaban mi automóvil y que podría recogerlo al día siguiente en el Precinto 10.

Liz y yo quedamos silenciosos durante mucho rato, y cuando sobre las cinco de la mañana me despedí de ella, lo hice sin besarla.

Pensaba en Leila y en el reportaje que tenía que escribir.

CAPÍTULO V

Un hombre no debe beber mucho.

Un buen periodista tampoco.

Pero al salir del apartamento de Liz entré en el primer bar que encontré al paso y así fui de uno en otro hasta que a las nueve de la mañana decidí dejarlo, mientras seguía pensando una y otra vez en Leila.

Tal vez por eso el cadáver estaba allí.

Colgado de la cadena de la lámpara del dormitorio.

Salvó la chaquetilla del pijama no tenía nada más sobre la piel. Y giraba sobre sí mismo hasta casi completar una vuelta, y después volvía a girar en sentido inverso.

Así una y otra vez. Muchas unas y otras veces.

Me restregué los ojos pensando que era producto de una alucinación, intentando por todos los medios que las brumas del alcohol que enturbiaba mi cabeza se despejaran del todo.

Pero el cadáver seguía allí. Girando y girando... Casi una vuelta a la derecha. Casi una vuelta a la izquierda. Una y otra vez, con lentitud desesperante.

La visión seguía. Por tanto, me despegué del mareo de la puerta y avancé irnos cuantos pasos. Fue al alargar una mano y tocar aquella piel suave como a seda, y que yo había amado tanto, cuando me despejé de golpe.

Porque no era producto de una alucinación. No era tampoco producto del alcohol ingerido, sino que era lisa y llanamente la verdad.

Leila seguía allí, girando y girando.

Repentinamente sentí náuseas y corrí al lavabo. Después, más tranquilo, puse la cabeza bajo el grifo hasta que sentí frío. Luego de

secarme volví al dormitorio y lancé una mirada en torno.

No había señales de lucha.

Tal vez la golpearon con algo desmayándola y matándola después. Pensando en esto en seguida me vino la pregunta a la mente: ¿Por qué?

¿Qué sabía Leila qué le había causado la muerte? ¿Quién era el hombre que la acompañó la noche anterior y la mató para que no hablara, o para algo que aún no entraba en mi cabeza?

Mis pensamientos fueron ahora al teniente Patterson. No le gustaría que le llamara para darle cuenta de mi descubrimiento. El segundo en pocas horas.

No obstante, y después de una postrera mirada a aquel maravilloso cuerpo sin vida, que seguía girando, fui al vestíbulo y disqué el número del Departamento de Homicidios.

Patterson mismo contestó a mi llamada. En unos segundos le puse al corriente de lo ocurrido, y el silencio más absoluto reinó al otro lado de la línea.

Repentinamente éste se quebró.

—La encontró usted, ¿verdad?

—Sí, pero no fui yo quien la mató, teniente.

—No he dicho eso, míster Brent...

—Pero lo está pensando. ¿Algo más?

—Sí; no se mueva de ahí que ahora vamos.

—Un momento, teniente —interrumpí—. Voy a salir de aquí ahora mismo. Me encontrará en Broadway, en la redacción del «Cronicle».

—Le he...

Colgué sin esperar a más y salí del apartamiento de mi mujer sin volver a verla, sin lanzar una mirada atrás.

No me sentía con ánimo para ello.

Liz estaba ya detrás de la máquina de escribir, pero por aquella vez no me fijé en lo que podía mostrarme por debajo de la mesa. Simplemente me limité a saludarla con una inclinación de cabeza y decirle:

—Dentro de media hora avisa a Forrester que venga, Liz. Y en cuanto llegue el teniente Patterson, de la Brigada de Homicidios, que pase.

No esperé contestación y me adentré en mi despacho.

Lo primero que vi sobre la mesa fue una carta, cuyo membrete conocía sobradamente. Y por primera vez me di cuenta de que Liz no había abierto aquella carta, cosa que agradecí infinito.

Liz era una chica bastante discreta, en algunas ocasiones.

Sin abrirla la guardé en mi bolsillo sabiendo de antemano lo que me decían en ella, y me dispuse a escribir mi reportaje.

La entrada de Forrester me interrumpió cuando estaba dando punto final a éste, y esperó hasta que se lo entregué diciendo:

—Públíquelo sin tachar ni una coma, Forrester.

Esperé a que lo leyera y, mientras lo hacía, vi que su rostro se demudaba. Después me miró a los ojos.

—No, no lo sabía, míster Brent —empezó—. Le siento. La pobre...

—Sí, Leila también.

No añadí nada más, y él, comprensivo, sin una sola palabra, dio media vuelta y salió, dando paso al teniente Patterson.

—Le dije que no se moviera de allí, míster Brent —me espetó por todo saludo.

—Y yo le repliqué a usted que venía aquí, y aquí estoy —hice una pausa y añadí—: Bueno, desembuche lo que sea. Tengo mucho trabajo, teniente.

Por toda respuesta se sentó sin aguardar a ser invitado y me miró. Esperé la pregunta sabiendo de antemano la que iba a ser.

—¿Dónde pasó la noche, míster Brent?

—Solo. Dando tumbos de un lado para otro. ¿Por qué?

No contestó a mi pregunta, sino que formuló otra:

—¿Cómo entró en el apartamento de su mujer?

—Por la puerta, teniente. Estaba abierta.

—No se haga el gracioso; su situación es difícil. Se lo digo por si no lo sabía.

—¿Difícil? ¿Y por qué si puede saberse?

Tampoco replicó, sino que siguió interrogándome según un programa que ya tenía estudiado de antemano.

—Tengo entendido que su esposa estaba separada de usted desde hace algún tiempo. Iba a solicitar el divorcio, ¿no?

No intenté siquiera preguntarle cómo lo había sabido seguro de que no me lo diría.

—Sí, así es, teniente —repliqué.

—¿Cuánto tiempo hace que no la veía?

Mentí como un bellaco mientras procuraba contestar con aplomo. ¿Para qué diablos tenía yo que decir que la había visto la noche anterior en el interior de un sedán negro y acompañada tal vez por el hombre que la mató?

Aquello era cosa mía y de nadie más.

—Tres meses sobre poco más o menos —repliqué.

En el acto vino la pregunta, que sonó en mis oídos diferente de todas:

—¿Quiere decir que después de tres meses sin verla, precisamente ayer noche, más bien esta mañana, deseó hacerlo?

—¿Por qué no? Nada había que lo impidiera ya que estábamos en buena armonía. Por otra parte, había bebido bastante y...

—Eso es lo que dice usted, míster Brent, pero...

—Usted no lo cree, teniente, ¿verdad? Pues bien, eso es todo cuanto puedo decirle del suceso. No tengo ni la más remota idea del por qué la mataron.

Se puso en pie, cosa que yo no esperaba. Mirándome dijo:

—Por su bien le ruego que no se ausente de Nueva York sin que lo sepa yo, míster Brent. Ahora otra cosa; ¿puede decirme el nombre de alguno de los bares que visitó esta madrugada pasada?

Cité unos cuantos, añadiendo que no estaba seguro de si me recordarían o no.

Después de esto, el teniente Patterson se despidió de mí con una sonrisa que no me gustó nada, y quedé solo enfrascado en mis pensamientos hasta que recordé la carta que tenía en el bolsillo, sin abrir aún.

La saqué del mismo, rasgué el sobre y busqué la firma: Alma Barton. ¡La vieja y querida *mistress* Barton!

Como había supuesto, la vieja dama me llamaba. Quería hablarme de la venta del «Cronicle» y me citaba para aquella misma mañana. No me gustaba ir, no deseaba hacerlo, pero no tenía más remedio.

Mistress Barton no tenía la culpa de que las cosas entre su hija y yo hubieran seguido otros derroteros que culminaron con mi boda con Leda.

Yo tampoco tenía la culpa de ello.

Elsa Barton sí. Lo mismo que mi separación con Leila Ambas

odiaban el periodismo, que era mi vida. Ambas deseaban tener al marido en casa, a todas horas, sin comprender que la vida de todo periodista tiene que supeditarse a su periódico a todas horas, sin horas de entrada o salida determinadas en la Redacción del mismo.

Ambas eran un caso perdido, y por eso mi matrimonio con Leila había fracasado, pero no por mi culpa. Ella fue mi secretaria antes de casarse conmigo y estaba enterada de cuál era la vida de un periodista, de cuál era la vida de su futuro, y marido después.

Era el mismo caso de Elsa, sólo que entre ella, y yo las relaciones habían sido algo más firmes, algo más íntimas, hasta que decidimos separarnos cuando Elsa me puso como condición que abandonara el periodismo si quería casarme con ella.

¿Era Elsa la que presionaba a su madre para que ésta vendiera el «Cronicle»? ¿Una venganza por todo lo ocurrido antaño?

Pudiera ser.

En este punto dejé mis pensamientos y consulté el reloj. Tenía el tiempo justo para ir a la mansión de los Barton. Y al pensar en esto me maldije por no haberle preguntado al teniente Patterson si mi automóvil estaba ya listo.

Por tanto, después de saludar a Liz con un «hasta luego», sin decirle nada del asesinato de Leila, tomé un taxi y me hice conducir al West End donde los Barton tenían su magnífico domicilio.

El taxi atravesó la gran puerta de hierro forjado y se detuvo frente a los cinco escalones que separaban el suelo del porche de la quinta.

Pagué y descendí.

Lentamente, notando una extraña opresión en el estómago, subí los escalones y pulsé el zumbador, una sola vez.

Esperé unos cuantos minutos antes de oír un rápido y juvenil taconeó.

Un taconeó que yo conocía muy bien.

Finalmente la puerta se abrió, y a pesar de que lo esperaba perdí el resuello ante aquella visión de y ojos negros como la noche, con todo lo demás.

Un monumento. Un verdadero monumento de mujer.

Conocía de nombre a muchas artistas de Hollywood de fama mundial, que envidiarían sin vacilar el físico de Elsa Barton, aunque todas ellas eran rubias. Come Leila.

Elsa vino hacia mí sonriendo. Lo mismo que si entre nosotros no hubiera ocurrido nada. Lo mismo que si nos hubiéramos separado la noche antes.

Y cerré los ojos unos momentos, porque sus exuberantes turgencias superiores jugueteaban sueltas bajo la blusa. Esto, y un pantalón corto hasta más arriba de medio muslo, dejando al descubierto sus morenas y maravillosas piernas, era su tocado de aquel día, para andar por casa, o para salir a la ciudad o al campo.

CAPÍTULO VI

—Pasa, Jeff, y sé bienvenido a tu casa —susurró sin perder la sonrisa.

Lo hice sin dejar de mirarla admirándola una vez más. Cerró a nuestra espalda y después vino a mí con absoluta sencillez prendiendo sus manos en mi cara.

Se apretó contra mí y contesté al beso vorazmente. Al separarse de mis brazos tenía el rostro un tanto enrojecido. Acto seguido me tomó del brazo, susurrando:

—Jeff..., sé que no debí hacerlo, pero no pude contenerme. Aunque de oídas sé que no vas muy bien con Leila, no se lo digas. Anda, ven, mamá te está esperando. Comerás con nosotros.

Sin mirarla repliqué:

—Leila ya no cuenta, Elsa.

Se detuvo en seco y tuve que imitarla.

—¿Qué quieres decir, Jeff? ¿Te has divorciado? Confieso que no lo sabía. Por lo menos los periódicos no han dicho nada.

Lentamente dejé caer una a una las palabras.

—Leila ha muerto. La asesinaron anoche colgándola de la lámpara de su dormitorio, Elsa.

El rostro se demudó mientras se llevaba una de sus preciosas y bien cuidadas manos a la boca.

—¡Jeff! —exclamó al fin—. Pero... pero ¿cómo?... Lo..., lo siento, querido.

¡Y estaba diciendo la verdad a juzgar por la expresión de su rostro!

—Anda, vamos —añadió luego—. Pero no le digas nada a mamá, hasta después de comer. No, no lo hagas tampoco. Está delicada, ¿sabes? Se lo comunicaré yo en su momento.

Asentí con un movimiento de cabeza y la seguí hasta el vestíbulo.

No se levantó al verme aunque su sonrisa fue ancha y cordial mientras extendía su mano derecha hacia mí, y que yo tomé entre las mías.

Hacía más de seis meses que no la veía, y en aquellos meses Alma Barton había cambiado mucho.

Estaba acabada completamente. Esto es lo que pensé al ver su rostro macilento, la expresión ausente de sus pupilas, y el desmadejamiento de su cuerpo todavía hermoso.

—Siéntate, Jeff —dijo—. Estás en tu casa.

Lo hice mientras me miraba y Elsa hacía lo propio frente a mí, cabalgando una pierna encima de la otra con manifiesta picardía. ¿Qué ideas se cocían bajo aquella ancha y hermosa frente?

¿Qué misterio ocultaban, para mí, aquellos negros e insondables ojos, como un abismo sin fondo?

Me formulé estas preguntas mientras me preguntaba a mi vez por qué lo había hecho, y, como es natural, sin lograr responderme a ninguna de ellas.

¿O tal vez debí preguntarme qué ideas tenía ahora sobre mí y sabiendo que Leila había sido asesinada?

No sabía en aquel entonces lo acertado que estaba con mi última pregunta.

—¿Sabes ya para qué te he llamado, Jeff?

Alma interrumpió mis pensamientos y entonces la miré.

—Lo supongo —repliqué con voz tal vez demasiado fría—. Se trata de la venta del «Cronicle», ¿verdad?

—Sí, Jeff. Verás; yo estoy acabada, y Elsa se siente incapaz de regir los destinos del periódico. Por tanto, es mejor desprenderse de él.

—¿Por qué? Hasta ahora el «Cronicle» ha sido dirigido por mí, y ustedes sólo se han limitado, sin molestia alguna, a cobrar los dividendos.

Era una contestación demasiado brusca, anormal, y hasta demostraba en mí una falta de educación sin límites, pero en aquel momento estaba recordando a Leila, Simns y, sobre todo, a Chick Donalson.

—Sí, eso es cierto. Pero nos hacen falta esos dólares, Jeff. Los

negocios, desde la muerte de Jess, han ido de mal en peor. Estamos al borde de la ruina.

Miré a Elsa. Se mantenía con el rostro hermético y había cambiado de postura. Ahora tenía toda la estudiada y felina actitud de una tigresa sobre el sillón en que se retrepaba.

Era mucho mejor mirar a la madre y la miré.

—Siendo así, es natural que venda, *mistress* Barton —dije—. Pero podía haber escogido a otro comprador. Chick Donalson es un sucio asesino entre otras cosas. ¿Es sólo para decirme esto por lo que me ha llamado?

Empezó a darme la respuesta por el principio de mis palabras:

—Vendo, y si eso te sirve de explicación, a Chick Donalson, porque hasta ahora es el que más paga. En cuanto a ti, Jeff, tendrás un diez por ciento sobre lo que me ha ofrecido, que vienen a ser unos cuarenta y cinco mil dólares. Eso además de conservar la plaza. Ésta es la segunda cosa que quería decirte, muchacho.

Intenté una sonrisa sin conseguirlo.

—¡Qué mal me conoce usted, *mistress* Barton! —repliqué—. No quiero ese dinero amasado con asesinatos, trata de blancas y otras cosas más. En cuanto a la plaza, puede quedarse con ella Donalson. Soy un buen periodista, modestia aparte, y no creo que me falte ocupación. Por otra parte, el venderle el «Crómele», pague lo que pague, a Donalson, es asesinar al periódico —la miré fijamente y terminé—: Si míster Barton viviera...

—No tenemos más remedio que hacerlo, Jeff —replicó ella—. Ya te he explicado los motivos.

—Pero yo estaba segura de que dirías eso, Jeff —intervino Elsa por primera vez, lo que motivó que la mirara en el acto.

Había cambiado ligeramente de postura. Antes era la derecha, y ahora era la pierna izquierda la que cabalgaba sobre la otra.

La súbita aparición de una doncella que anunció que la comida estaba esperando, cortó la respuesta que iba a dar a Elsa.

Nos pusimos en pie, y Elsa se apresuró a tomarme del brazo, de un modo que me pregunté si no estaba tomando nuevamente posesión de mí.

Comimos casi en silencio a pesar de que Elsa hizo todo lo posible por animar aquello, y después de comer, poco más hablamos sobre aquella venta.

Pero una cosa quedó decidida sin apelación posible: el «Cronicle», uno de los periódicos más serios de Nueva York, iba a ser vendido a Chick Donalson sin que yo en particular, y a pesar de todas las explicaciones, pudiera saber por qué.

Después del café, y con el cigarrillo encendido despedí de ellas; pero Elsa volvió a tomarme del brazo y me llevó hasta la puerta.

—¿Cuándo nos veremos, Jeff?

—Te llamaré tan pronto pueda, tesoro —repliqué como antiguamente. Y, también como antiguamente ella quiso hacer su voluntad.

—Hace mucho tiempo que no salgo con ningún chico, Jeff. ¿Qué te parece si nos vemos esta noche?

La miré largamente y después solté al buen tuntún lo que estaba pensando.

—Te esperaré, pero con una condición, Elsa. Con la condición que me digas la verdad sobre la venta del «Cronicle».

Por unos segundos noté que en el fondo de sus negras pupilas brillaba algo parecido al miedo, pero después se apagó:

—No te entiendo, Jeff —me replicó.

—Olvídalo, ricura —dije.

—¿Entonces...?

—De acuerdo. ¿Qué te parece si vienes a la Redacción a buscarme a eso de las nueve?

—Allí estaré, querido.

—Pero cúbrete las piernas, ¿sabes?

Sonrió de tal manera que me dejó unos, momentos suspenso.

—Lo haré, Jeff, aunque sé que con pantalones cortos te gusto más.

Descendí los escalones incapaz de contestar, y al volverme la vi allí en el centro de la puerta, diciéndome adiós con la mano, y en una actitud que en ella era toda una promesa para mí.

¿Por qué?

Me hice esta pregunta cuando avanzaba por el enarenado camino hacia la salida decidido a esperar cualquier taxi que pasara por allí.

Fue cerca de la puerta cuando, al cruzar un espeso seto de siemprevivas, creí distinguir algo o alguien que se escondía furtivamente sin el menor ruido.

Una figura que me pareció la de una mujer. Me detuve para escuchar atentamente, pero no oí ni el más leve rumor, ni vi nada más.

¿Alucinación?

Comprendí que no, al llegar a la carretera.

Fue cuando di dos pasos adelante con objeto de ver mejor a lo largo del West End, por si venía un taxi.

El taxi no vino, pero a mi lado sí se detuvo un largo y lujoso sedán pintado en negro. Casi en el acto un hombre que no conocía descendió de él y se me acercó.



—Sentiría tener que disparar contra usted

Lamenté al punto no ir armado, pero la verdad es que nunca me han gustado las armas de fuego.

—Usted es míster Brent, ¿verdad?

—Sí —repliqué—. ¿Y usted?

El desconocido, tan alto como yo, y eso que mido seis pies y algunas pulgadas, sonrió.

—Eso no viene al caso porque yo nada pinto en esto, como no sea rogarle que suba al sedán.

—¿Y si me niego?

—Sentiría tener que disparar contra usted, míster Brent, porque no es ésa la orden que tengo. Por otra parte, puede estar seguro que los ocupantes del sedán sólo quieren hablar con usted. Suponemos que va a la Redacción del «Cronicle» y vamos a llevarle allí.

Entonces noté que llevaba la mano derecha dentro del bolsillo de la chaqueta y hasta el más lerdo se hubiera dado cuenta de que esta mano empuñaba una pistola.

Avancé pues, hasta el sedán. Alguien abrió la portezuela trasera y subí al vehículo.

Eran dos, y bastante bien conocidos míos. Chick Donalson y Alfred Morganson, el oponente al actual alcalde de Nueva York. Como se ve, el asunto prometía ser peor, en efecto, que la bomba atómica en Hiroshima o Nagasaki, pero esta vez en plena ciudad.

El sedán se puso en marcha y les miré a los dos en el más completo silencio.

Morganson era un tipo atildado, alto y huesudo, moreno y de ojos grises. Un hombre que se había criado en los bajos fondos del Hudson y que hizo su sucia fortuna como tantos otros, y ahora, en la cumbre, todavía quería más.

Si llegaba a asumir la alcaldía de Nueva York, el hampa tendría un buen apoyo en él.

—¿A dónde desea ir, míster Brent?

Interrumpí mis pensamientos para replicar a Donalson, reprimiendo a duras penas los deseos que tenía de lanzarme a su cuello y estrangularle.

—A la Redacción del «Cronicle».

Donalson golpeó la cristalera que nos separaba del conductor y un trozo de la misma se vino a un lado. Entonces dio la dirección.

CAPÍTULO VII

Tres minutos más tarde y, en vista del silencio en el interior del coche, me aventuré a preguntar:

—¿Puedo saber a qué se debe este amable paseo, Donalson?

—¡Claro que sí, míster Brent! Supimos que vino a ver a su antigua..., pongamos amiguita, y me presenté aquí, Deseaba hacerle un favor.

—¿En qué sentido si puede saberse? Los favores de usted tienen un nombre sucio; Donalson.

—Le aseguro que éste no lo es. Estoy en mi derecho si quiero hacérselo, ¿comprende? Verá; se trata del «Cronicle». No me ha gustado nada ese artículo que publica. ¿Qué pretende contando toda esa sarta de mentiras, míster Brent? No hay nada de cierto en ello.

—¿No? ¡No me diga, hombre! ¡Pero si es la verdad! ¿A quién le dio esos trescientos mil dólares que no aparecen por ninguna parte? ¿Es que se los timaron? Siendo así, la candidatura para la alcaldía de Nueva York peligra para su protegido.

Morganson no se dignó contestarme y me alegré, porque para Morganson ya tenía un plan preconcebido.

—Por otra parte —proseguí en vista de que ninguno decía nada —, hay un asesinato a la vista. Uno de mis reporteros que andaba detrás de usted, Donalson. Por ese crimen, el «Cronicle», antes de que llegue a ultimar su compra, le llevará a la silla, Donalson. Un crimen o tal vez dos. ¿Dónde conoció a Leila, mi esposa, que fue asesinada esta madrugada en su apartamento?

—¡Eh! ¡Oiga! No pretenderá colgarme también esa muerte, que no he sabido hasta que he leído su artículo de hoy.

No me pude contener, aunque muy bien podía estar diciendo la

verdad.

—¡Inmunda rata! —estallé—. ¿Para qué me ha detenido? ¿Para que no siga removiendo el asunto? Pues se equivoca. Voy a hacerlo hasta lograr desenmascararle. El «Cronicle» no es un periódico sensacionalista. Por lo tanto su crónica de sucesos se lee con más atención que en los otros. Veremos qué opinan los lectores sobre este magnífico paseo por Nueva York.

Me miró largamente y después clavó sus ojillos en el rostro de Morganson. Éste asintió con un movimiento de cabeza, pero sin despegar los labios, y Donalson me miró de nuevo.

—Bien, míster Brent —dijo—. ¿Cuánto quiere?

—¿Cuánto quiero por qué?

—Escuche, no se haga de nuevas. Voy a ser el dueño del «Cronicle» y necesito un periodista como usted. Un director mejor dicho. ¿Cuánto quiere por olvidar...?

—¡Maldito bicho! No tiene los dólares suficientes para pagar o tapar la muerte de Al Simns. Ni usted ni todas las ratas de Nueva York juntas.

No replicó hasta que llegamos a la Redacción. Entonces dijo fríamente:

—No se olvide de una cosa, míster Brent; que yo también puedo obligarle a desistir de todo esto.

—¿Cómo? ¿Matándome?

—No, míster Brent. Pero tenga por seguro que, si quiero, puedo obligarle incluso a que trabaje para mí.

Descendí del sedán y no sonreí ante su amenaza. ¿Por qué?

Liz no estaba allí. En su lugar, y bien visible por cierto, había una notar en la cual me decía que había ido al Precinto 10 en busca de mi automóvil.

También había algo más. En el departamento anexo a mi despacho se oían conversaciones, pero ningún ruido que denunciara que el personal estuviera trabajando.

Intuí lo que ocurría y fruncí el ceño. De esta guisa me presenté delante de ellos. Tres hombres que rondarían entre los treinta y los treinta y cinco años y dos bonitas pelirrojas, de ropas ceñidas y un tanto provocativas.

El silencio se hizo bien patente a mi entrada. Desde el umbral de la puerta les miré uno a uno, y después encaré a Cass Mulligan, uno

de nuestros redactores.

El más viejo y tal vez el que más confianza roe inspiraba.

—¿Quiere pasar a mi despacho, Mulligan?

Se puso en pie y avanzó hacia mí, sin replicar. Me aparté a un lado para que pasara y le seguí.

—Siéntese, Mulligan, ¿quiere?

Lo hizo y le ofrecí un cigarrillo, que aceptó. Después de aspirar y lanzar varias bocanadas de humo al techo, preguntó:

—¿Qué desea de mí, míster Brent?

—Ante todo una pregunta. ¿Están de huelga en la oficina?

Sonrió ante la pregunta.

—No, míster Brent. Se trata de que alguien, no recuerdo quién, ha dicho que el «Cronicle» va a ser vendido. Hemos estado hablando de esto y el trabajo se ha retrasado —escuchó unos segundos y añadió—: Añora continúan.

Era verdad. Las máquinas de escribir de las dos pelirrojas se oían de nuevo.

—Bien, míster Brent, ¿qué era lo otro que tenía que pedirme?

Nos miramos durante unos segundos en silencio, y de pronto solté la pregunta:

—¿Sabe por qué mataron a Simns?

Fumó en silencio unos cuantos minutos, al cabo de los cuales replicó:

—Sí. Lo supongo. Verá, míster Brent. Hoy estuve hablando con *miss* Grant. Ella me confió que Simns andaba detrás de ese perro bastardo. ¿Desea que me encargue de alguna investigación preliminar? Ya que usted...

—Nada de eso, Mulligan —declaré—. Deseo, si, encargarle de algo, que también puede llevarle a la muerte, si no anda listo.

Volvió a mirarme largamente y a fumar en silencio. Después, mucho después replicó:

—Si es para lo que me figuro puede contar conmigo. Por otra parte, no me lo agradezca. Adelantarme a la Brigada de Homicidios será para mí un máximo triunfo. Aunque por usted...

Calló, y si mirarle supe ver en sus ojos lo que callaba.

—Aún así —repliqué firmemente—. Deseo que averigüe cuál fue la vida de mi esposa durante estos tres meses en los cuales no convivió conmigo. Usted es de mi absoluta confianza, si no ya no le

pediría esto. Pero quiero la verdad por mala que sea. Quiero mandar a la silla al que lo hizo, por muchas razones que tuviera si es que verdaderamente tenía alguna.

—¿Alguna pista por seguir? —sugirió acertadamente.

—Sí.

Entonces le conté todo lo que había visto a la puerta del «Palas».

—¡Cuernos, míster Brent! ¿Insinúa acaso que el asesinato de Al y el de *mistress* Brent sean...?

—Confieso que no lo sé.

—¿No sospecha tampoco quién pueda ser el tipo del coche?

—Sí, Mulligan. Pero a ése me lo reservo para mí.

Y ante su mirada interrogadora se lo dije, y no replicó, ni hizo gesto alguno que me indicara si le había sorprendido o no.

Se puso en pie.

—¿Cuándo empiezo? —preguntó.

—Cuando quiera, Mulligan. ¡Ah! Y otra cosa. Los gastos corren por cuenta del «Cronicle» —giró sobre sus pies sin replicar y se encaminó a la puerta. Llegando a ella dije—: Chick Donalson es el futuro dueño del periódico, muchacho.

Se volvió en redondo para mirarme.

—¡Cuernos! —barbotó.

Y se perdió definitivamente al otro lado de la puerta.

Irse y dejar de pensar en él para enfrascarme en lo que deseaba hacer fue todo uno.

Por tanto, tomé un papel y varias cuartillas y, tras algunas infructuosas tentativas, logré escribir:

«En el día de hoy, el redactor jefe del “Cronicle” fue detenido por dos “caballeros” de la máxima categoría “moral” de nuestra ciudad e invitado a dar un paseo por las calles más céntricas de la misma. Dichos caballeros, que hasta el más lerdo en Nueva York puede hacer conjeturas sobre quiénes son, ofrecieron un montón de dólares por silenciarle la boca. Por dar al olvido la muerte de uno de nuestros mejores redactores.

»Desde las páginas de este periódico nos

preguntamos, y preguntamos al mismo tiempo a nuestros lectores, qué hace nuestro Departamento de Homicidios que no pone coto a estos desmanes. ¿Es tan difícil encontrar unos cuantos cientos de miles de dólares, o para encontrarlos hace falta ser votante a la candidatura de cierto oscuro personaje?

»En fin, terminamos por preguntamos, sí este paseo, al parecer inofensivo de nuestro redactor-jefe, en un conocido sedán negro, no puede convertirse el día de mañana, o tal vez dentro de unas horas, en otra clase de paseo».

Vacílé en poner la firma. ¿Mulligan? Sí; ¿por qué no?

Lo hice así y pulsé el zumbador. Liz seguía ausente y me pregunté si no habría encontrado a algún tipo que la invitara a cualquier cosa haciendo que se olvidara aunque sólo fuera momentáneamente de sus ocupaciones.

Por tanto, llevé yo mismo el pequeño reportaje a Forrester encargándole que lo insertara en primera página aquella misma tarde.

Me miró, y ahora no frunció el ceño, sino que sonrió evidentemente satisfecho del cariz que iban tomando las cosas.

Confieso que yo no lo estaba tanto ni mucho menos.

Fue al sentarme de nuevo en mi despacho cuando recordé las enigmáticas palabras de Donalson.

¿Había hecho bien en mandar publicar mi pequeño artículo?

Instantáneamente me pregunté si es que tenía miedo.

¡El diablo lo sabe!

Repentinamente, y, después de hacerme estas conjeturas, pensé que lo mejor era apartarlas a un lado y pensar en algo más positivo, más agradable.

¿Liz que no volvía?

¿Mi antiguo amor?

Consulté el reloj. Las seis de la tarde.

Faltaban tres horas, que pasé revisando el trabajo de mis empleados, a los cuáles comuniqué que si un milagro no lo impedía, el «Cronicle» pasaría a manos de Chick Donalson.

Todos, de una forma u otra, me aseguraron que tendría que buscar otros empleados, cosa que les agradecí sin responderles.

CAPÍTULO VIII

A pesar de mis esfuerzos volví a caer en mis pensamientos, que los cortó la agradable presencia de Elsa.

Ya no llevaba los cortos pantalones hasta medio muslo ni sus exuberantes turgencias superiores jugueteaban sueltas bajo la blusa. Ahora llevaba un vestido.

Y era mucho peor.

Se mirara por donde se la mirara, aquello era mucho peor.

Desde lo escotado de su ceñido vestido, como pintado sobre su morena piel, hasta la corta falda que dejaba al descubierto buena parte de las rodillas.

El ruido que hizo la puerta al abrirse me hizo levantar los ojos y entonces la vi.

—¡Oh, Jeff! ¿Nos vamos?

Asentí en silencio poniéndome en pie. Entonces ella se me acercó y unió sus gordezuelos labios con los míos en un beso fugaz. Lo mismo que otras veces. Lo mismo que siempre.

Salimos, atravesando las silenciosas y ahora desiertas oficinas.

En la calle, frente a la redacción, Elsa tenía estacionado un automóvil color rojo de importación y del último modelo.

Ella, su madre, y tal vez alguien más podrían decir que necesitaban unos miles de dólares, que los negocios les iban mal, pero yo mismo, a pesar de mi posición no podía tener un coche semejante.

Elsa debió adivinar parte de mis pensamientos, porque apenas subimos al descapotable clavó sus ojos en mí y dijo:

—A pesar de que no lo creas, Jeff, éste es ahora uno de los pocos lujos que puedo permitirme. Tengo que cubrir las apariencias, ¿comprendes?

¿Decía la verdad?

No tuve tiempo de responderme a mí mismo ya que ahora no fueron sus manos las que vinieron a mi cara, sino sus brazos los que me rodearon el cuello.

Nos besamos hasta que perdimos el aliento. Después, cuando lo recobré sin querer mirar mucho el escote del vestido, pregunté:

—¿A dónde vamos, tesoro? Sé de varios sitios que...

Me miró atentamente unos segundos y después dijo:

—Conozco bien esos sitios, Jeff. Lo que yo quisiera... es un sitio discreto, donde nadie pudiera molestarnos. ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos!

—Sé de uno —repuse mientras ella me miraba entre temerosa y esperanzada—. Mi apartamento. ¿Recuerdas el restaurante que hay allí, en la esquina? ¿Sí? Pues podemos pedir la cena. ¿Qué te parece?

Elsa no me replicó. Fijó sus hermosos ojos al frente y el convertible runruneó suavemente.

Media hora más tarde estábamos sentados en el diván del vestíbulo con sendos vasos de *whisky*, para entonces según dijo ella.

Pero la verdad era que no hacía falta, al menos por parte de Elsa, que parecía querer recordar tiempos que yo deseaba, por el contrario, olvidar.

Cierto que la había invitado. Ciertamente que estaba en el apartamento, que nos habíamos besado y que posiblemente nos besaríamos más, pero mis intenciones, al aceptar su sugerencia en la puerta de su casa aquel mismo día, obedecía a un plan.

Deseaba saber algo que tanto su madre como ella me estaban ocultando.

En fin, deseaba saber de qué medios se valía Donalson para obligarlas a que les vendiera el «Cronicle». De otro modo, todo aquello de la compra y la venta, de las elecciones por parte del «gángster», se me antojaban puro teatro. Pura comedia.

¿Me equivocaba?

Los labios de Elsa cortaron de súbito, y de una manera bastante agradable por cierto, mis pensamientos. Como cosa lógica, la tomé de la cintura y la besé también.

Luego bebimos.

Un rato más tarde estábamos cenando, y una hora después me encontraba apartando todos los chirimbolos que había en medio del vestíbulo hasta convertirlo en una pequeña pista de baile.

Elsa no se dio cuenta de ello hasta que empecé a apagar unas cuantas luces y acto seguido puse en marcha el tocadiscos.

Entonces se levantó y, moviendo graciosamente las caderas, vino hacia mí. Instantes después empezamos a bailar, y entre baile y baile la consiguiente copa de *whisky*.

Fue a la no sé cuántas cuando empecé a notar el cerebro un poco turbio, y entonces me dije que de seguir así, iba a perder la noche con aquella hermosa gata, que en un momento dado, con sus actitudes de vampiresa, podía convertirse para mí en una peligrosa tigresa.

Por fin acabó el bailable. Entonces la tomé de los hombros y la besé suavemente en la comisura de la boca. Acto seguido la prendí por la cintura y la obligué a sentarse en el diván, donde la besé de nuevo.

Me separaba con objeto de preparar dos nuevos *whiskies* cuando Elsa dijo:

—Oye, Jeff; ¿sabes que me estoy dando cuenta de una cosa?

—No, ¿qué es ello?

Sonrió.

—Que te estás comportando conmigo como si nada hubiera pasado entre los dos.

¿Se me burlaba?

Volví la espalda y me encaminé al frigorífico para buscar unos cuantos cubitos de hielo mientras replicaba:

—No lo estropees ahora, Elsa.

Regresé junto a ella después de preparar los dos *whiskies* y, mientras Elsa tomaba uno, dije suavemente:

—Ahora desearía que me dijeras la verdad, Elsa.

Al punto soltó el vaso sobre la mesa ratona y me miró con sus grandes ojos muy abiertos.

—¿La verdad de qué, Jeff?

—De todo, tesoro —hice como que vacilaba unos segundos y después disparé directamente la pregunta—: ¿De qué medios se vale Donalson para obligaros a vender el «Cronicle», Elsa?

En sus ojos hubo un tenue chispazo, y mientras esperaba su

respuesta bebí un pequeño sorbo.

Al punto noté cómo mi cerebro se embotaba más y más. Dejé el vaso junto al de Elsa.

—¿Por qué no contestas, Elsa?

—¡Pero, Jeff, si no hay nada de lo que tú piensas!

Casi no la oí. Mis oídos zumbaban. Me puse en pie y fui a la ventana, que abrí de par en par, aspirando el aire con fruición.

No sé cuánto duró hasta que los brazos de ella me ciñeron por la cintura.

—¡Jeff! —Su tono me pareció alarmado—. ¿Te sientes mal?

—¡Diablos, Elsa! Este *whisky* se sube pronto a la cabeza.

Creo que rió un poco antes de tirar de mí.

—Anda, Jeff. Salgamos a la calle. Creo que el aire te sentará, bien.

Descendimos en el ascensor hasta la planta baja, y de nuevo pregunté cuando ella se sentó frente al volante:

—¿Por qué no me dices la verdad?

—¿Qué verdad, Jeffrey, querido?

Después, lo único que noté fue la arrancada del coche. Luego, como entre brumas, recuerdo que anduvimos de un lado para otro, sin saber exactamente a dónde, quizá bebiendo aún más, y que después perdí la noción de todo.

Cuando desperté al día siguiente, cerca de las once y media de la mañana, me encontraba acostado en mi propia cama, completamente vestido, y Elsa, sentada frente a mí, con un largo y oloroso cigarrillo entre los labios, me contemplaba entre aburrida y divertida.

De un salto me senté en la cama y al punto solté un gruñido cuando las sienas empezaron a martillearme el cerebro y los oídos a zumbarme. Entonces noté el mal sabor de boca que tenía.

Me puse en pie tambaleándome. Elsa vino en mi ayuda dejando el cigarrillo, que aplastó contra el cenicero.

—Querido, ¿cómo te sientes?

—Como si acabara de salir del infierno —repliqué—. Pero ¿qué ocurrió anoche? ¿Cómo estás tú aquí?

—¿Anoche? —Se puso repentinamente seria—. Prefiero no hablar de eso.

—¿Tan mal me comporté contigo?

—¡Peor! —afirmó rotundamente—. Te comportaste como un... Sí, como un marido verdaderamente celoso. Querías pegarte con todo aquel que se fijaba en mis piernas.

—¿Cómo un qué...?

Me miró al rostro y rió divertida.

Confieso que con su risa me sentí bastante mejor.

—Bueno, ¿qué pasó?

—Nada. Después de salir de aquí te empeñaste en seguir bebiendo y tuve que seguirte la corriente, hasta que no pudiendo más llamé a dos de tus periodistas. Un tal Mulligan. El otro no recuerdo su nombre. Entre los tres te trajimos aquí, y yo resolví no dejarte solo.

—¿Y has estado aquí todo ese tiempo, Elsa?

—Sí —musité quedamente.

Intenté dar un par de pasos y noté con evidente satisfacción que mis piernas se mostraban más firmes. Entonces me desprendí suavemente de su brazo, que aún me rodeaba la cintura.

—Voy a darme una ducha, encanto —dije—. ¿Puedes esperarme? Te invitaré a desayunar en cualquier parte.

Denegó con la cabeza.

—He de irme, Jeff. Comprende que mamá...

Los recuerdos volvían a mi mente con velocidad relampagueante. Recordé las chispitas que vi en sus ojos al formular una de mis preguntas.

—¿Me emborraché, Elsa, o fuiste tú la que pusiste alguna droga en mi bebida cuando te diste cuenta de lo que yo quería de ti?

—¡Jeffrey! Pero... Pero ¿cómo se te ha ocurrido eso? Yo... Eres un sucio bastardo, querido.

Antes de que pudiera sujetarla, Elsa dio media vuelta y desapareció por la puerta.

—No sé cuánto tiempo permanecí con los ojos clavados en aquella dirección, hasta que de una manera repentina recobré mis facultades mentales.

¿Qué trataba de ocultar?

¿Qué era lo que verdaderamente había ocurrido la madrugada anterior?

Pensando en lo extraño que era todo entré en el cuarto lavabo y me duché.

CAPÍTULO IX

Después me noté mejor, pero aun así seguía sintiéndome como si una apisonadora hubiera pasado por encima de mí.

Me encontraba desmadejado y una extraña lasitud se había apoderado de mis nervios, de todos y cada uno de mis músculos, lo que me reafirmó en la idea de que Elsa Barton había puesto una droga en uno de los vasos de *whisky*, posiblemente para evitar que la siguiera interrogando, o que intentara interrogarla.

Elsa me conocía lo suficiente para adivinar muchos si no todos mis pensamientos.

Lentamente y desde la ducha me encaminé al *living* no sin antes, y del frigorífico, recoger una buena provisión de soda.

Me arrellané en el diván, en una postura que estoy por asegurar envidiaría la propia Elsa, e incluso Liz, que también se las trae, y alargué la mano para tomar el teléfono.

Acto seguido disqué el número del «Cronicle».

La voz de Lis me contestó al otro lado de la línea.

—¡Jeff! Creí que te había ocurrido algo. ¿Dónde diablos estás?

—En mi apartamento, bombón. Y no voy a ir por ahí en todo el día. Dime, encanto; ¿sabes algo del teniente Patterson?

—Nada. Me devolvió el «Mercury» pero no soltó prenda. Cuantas preguntas hice fracasaron ante su hermetismo. Sin embargo, tengo la intuición...

Calló y por unos segundos creí que era a causa de un súbito corte o un cruce.

Pregunté entonces:

—¿Sigues ahí, ricura?

—Sí, Jeff. Aún sigo aquí.

—Bien, ¿qué ibas a decirme?

—Lo haré después. No me gusta hablar de ciertas cosas por teléfono. ¿Quieres que vaya a verte más tarde?

Pensé durante unos segundos. Sabiendo que en parte me había quedado en mi apartamento porque me encontraba deteriorado por dentro y por fuera, (valga la frase), y parte también porque aquella noche tenía que hacer algo bastante importante.

Repliqué:

—Escucha, querida. Vas a ser una chica buena y vas a quedarte ahí hasta que yo llegue.

—Pero ¿no has dicho que...?

—He cambiado de parecer, Liz. Iré sobre las nueve de la noche —y antes de que pudiera interrumpirme pregunté rápidamente—: ¿Se encuentra Mulligan en la redacción, cariño?

—No, no lo he visto en lo que va de mañana.

—Bueno, cuando llegue que me telefonee en el acto. ¿Dónde has dejado el coche?

—Lo tengo ahí fuera. ¿Te lo llevo?

—Tomaré un taxi, muchacha.

Colgué antes que pudiera decir nada más.

Después bebí un buen trago de soda, que me supo de maravilla e intenté dormir. Creo que lo conseguí ya que fue el estridente timbre del teléfono el que hizo que me sentara rápidamente en el diván.

Tomé el auricular.

—¿Diga...?

—¿Míster Brent?

—Sí, yo mismo. ¿Qué hay de nuevo?

Siguió un largo minutó de silencio.

—Es preferible que le vea a usted, míster Brent —replicó Mulligan—. Hay cosas que prefiero no decir por teléfono.

—De acuerdo. ¿Desde dónde me llama?

—Estoy en la redacción.

—¿Sólo?

—No, aunque *miss* Grant ha salido. No obstante, el viejo Forrester anda rondando por ahí.

—Entonces va a hacer una cosa, Mulligan —repliqué—. Salga y busque una cabina pública. Telefonee desde allí, y le diré lo que quiero. ¡Ah! Y gracias por lo de anoche. ¿Estaba muy borracho?

Mulligan tosió discretamente, y me sobresaltó cuando me

pareció notar que la tos era un tanto fingida.

—Un poco —confesó un minuto más tarde—. Nada de importancia.

—De acuerdo, Mulligan. Apúrese que estoy esperando esa llamada.

Colgó sin replicar, y siete minutos más tarde estaba de nuevo en contacto con él.

No vacilé en explicarle lo que deseaba, y sus palabras me dejaron estupefacto.

—Precisamente lo que tenía que decirle se refiere a él, míster Brent.

—Lo sospechaba aunque no estaba seguro. Bien, haremos eso que le he dicho. Después se presenta usted y cuenta todo lo que sepa. Veremos entonces en lo que para todo.

—Hablamos muy poco más, y luego de colgar repetí la operación, de beberme otro vaso de soda. Luego reparé en algo, fui a la puerta del apartamento y desconecte el zumbador de la misma por el sencillo procedimiento de quitar los plomos del contador de la luz.

Hecho esto regresé al *living* y descolgué el auricular. Después me tendí en el diván y cerré los ojos.

Sobre las siete y media de la tarde, estaba de nuevo bajo la ducha, y a las ocho tomé un taxi frente a la puerta de mi apartamento, que me condujo a las afueras de Nueva York.

Había varias quintas a la vista, y fue entonces cuando ordené parar al taxista. De este modo, no sabría nunca a dónde iba.

Aún caminé por la orilla de la carretera cosa de media milla antes de adentrarme por un mal cuidado y viejo camino de tierra.

La quinta que repentinamente apareció ante mis ojos era tan vieja como el camino y viceversa. Pero ya no lo era el «Sedán» negro que había parado frente a la puerta principal.

Siempre bajo los árboles miré en tomo.

Las ventanas de la quinta estaban abiertas, pero al parecer nada más había en los alrededores que pudiera preocuparme por el momento.

Miré al «Sedán» atentamente.

Estaba vacío. ¿Tendría las portezuelas abiertas?

Las tenía. Ahora a esperar.

Y lo hice tendido en el fondo del mismo, con una pesada automática en la mano, automática que previamente había sacado del fondo de mi armario ropero.

Repito que no me gustan las armas de fuego, pero en aquella ocasión no podía andarme con remilgos ya que la persona a la que quería sorprender no los tendría tampoco.

Seguí esperando. Mulligan no tardaría en hacer su parte.

Los minutos seguían pasando. Empecé a encontrarme incómodo pero no me atrevía a hacer un solo movimiento.

Repentinamente envaré todos mis músculos. Unos pasos que sonaban levemente en la tierra se estaban acercando al coche.

Cada vez más cerca.

Al fin se detuvieron y la portezuela delantera se abrió. Casi en el acto noté el súbito vencimiento del coche hacia aquel lado, y finalmente se enderezó cuando el hombre ocupó el asiento frente al volante.

Unos segundos después, el motor se puso en marcha y el sedán empezó a rodar lentamente hacia la carretera.

Fue al llegar a ella, cuando me incorporé detrás del asiento con la automática en la mano.

—Tuerza a la izquierda y siga alejándose de Nueva York, Morganson —dije—. Pero despacio.

Vi cómo al punto los hombros de Alfred Morganson experimentaban una sacudida.

—¿Qué pretende? ¿Quién es usted?

Solté una tenue risita que me salió bastante bien.

—Soy el marido de una mujer que murió, Morganson. Asesinada, ¿recuerda?

—¿Y qué cuernos tengo yo que ver en eso, míster Brent?

Volví a reír porque el tipo parecía haber recobrado la memoria, mientras giraba el volante en dirección opuesta a Nueva York, tal y como le había indicado.

—¿Qué piensa hacer conmigo? ¿Matarme? —añadió en vista de que yo no decía nada más luego de la risita.

—Eso va a depender de usted, aunque después muy bien pudiera ser que me decida a quemarle las tripas. ¡Y cuidado! ¡Le he dicho que vaya despacio!

—¿Qué se propone?

Callé unos minutos y Morganson repitió de nuevo la pregunta. Al fin repliqué:

—Hablar de asesinatos, Morganson. Pero principalmente de uno. Puede que también quiera saber algo sobre unos trescientos mil dólares que no aparecen por ninguna parte. Soy bastante pobre, ¿entiende? Me interesa ese capitalito.

No replicó al pronto, pero después soltó una pregunta que me hizo sonreír secamente.

—Conque ése es tu juego, ¿verdad? Lo quiere todo, ¿no?

No repliqué. Delante de mí, Morganson empezaba a ponerse nervioso ante mi silencio, que rompí una vez más para hacer la misma recomendación pero añadiendo algo más, y también de mi cosecha propia:

—Le he dicho que vaya despacio, Morganson. Aprieta un poco más y le hago un agujero en la nuca.

Oí claramente cómo rechinaban los dientes enfurecido por su impotencia o porque tal vez en aquel entonces acababa de comprender que la llamada telefónica que había recibido de parte de Donalson, según creía él, no era nada más que una burda trampa para hacerle abandonar su quinta un par de horas antes de las que tenía por costumbre.

Consulté el reloj y miré fugazmente hacia atrás.

En la distancia, casi al principio de la recta que estábamos siguiendo aparecieron repentinamente los fastos de un automóvil que avanzaba a velocidad infernal hacia nosotros.

Casi en el acto nos hizo señales con las luces, pidiendo paso, y Morganson, obedeciendo a la presión de la automática, se acercó un tanto a la cuneta.

Poco más tarde, el automóvil se situó a nuestra altura después se adelantó rápidamente perdiéndose pronto de vista cuando llegó a la próxima curva.

Pero yo ya había tenido tiempo de ver frente al volante el rostro duro y la no menos dura sonrisa de Mulligan, que era quien conducía mi «Mercury».

¡Buen muchacho, Mulligan! ¡Casi tan bueno como el pobre Al!

—¡Métase por ese camino, Morganson!

Ésta fue la nueva orden que le di dos millas más abajo, presionando en su espalda y con gesto significativo, el cañón de la

automática.

Obedeció sin rechistar y minutos más tarde, en pleno descampado, si no se tiene en cuenta el grupo de árboles que nos rodeaban impidiendo por todos lados ver lo que sucedía más allá, le ordené que se apeara.

—¿Va a liquidarme aquí, míster Brent?

Su voz temblaba un tanto y me congratulé de ello. Si el tipo tenía miedo, tanto mejor para mí. La cosa no resultaría demasiado difícil.

—Será, mejor que baje sin rechistar —le repliqué.

Obedeció en silencio y descendí tras él sin dejar de apuntarle. Inició media vuelta para encaramarse, pero le detuve diciendo:

—¡Quédese quieto, Morganson, y no haga nada!

He estado en la segunda guerra mundial y en Corea, Por lo tanto, he tenido tiempo más que suficiente para saber cómo tengo que acercarme a la gente para desarmarla sin temor a ser sorprendido con cualquier truco.

Me acerqué así, y unos segundos después una pavorosa «Luger» reposaba en mi bolsillo exterior de la chaqueta juntamente con un agudo puñal y una automática de más pequeño calibre.

Todo un arsenal.

El tipo sabía ir preparado cuando salía de casa, pero aquella vez no le había servido de nada.

Retrocedí un par de pasos hacia atrás sin dejar de encañonarle.

—¡Vuélvase ahora, Morganson! —dije suavemente.

Se volvió a mirarme. Sus ojos lanzaban chispas.

—¡Maldito perro bastardo! —murmuró—. Va a pagarme esto aunque deje el pellejo en el intento.

Aunque no tenía gana de hacerlo me reía de él en sus propias barbas.

—Aún está en mis manos, Morganson —repliqué.

—Bien, de acuerdo. ¿Qué diablos quiere?

—¿No lo sabe? Hablar de asesinatos. Más concretamente, de uno. Entiende. Del asesinato de Leila Brent, mi esposa.

—¿Y qué cuernos me explica a mí de ello? No le conozco. No he visto en mi vida a su esposa, si es que esa Leila Brent lo era. ¿Entiende?

Di un paso al frente.

—Maldito hijo de perra —mascullé—. Yo mismo le vi con ella, dentro de ese sedán, la noche en que murió. Estuvieron los dos en el «Palas». Usted, Morganson, la acompañó a su apartamento y luego la liquidó colgándola de la lámpara de su dormitorio. Tengo un testigo que le vio también.

—Está usted loco, maldito cerdo —replicó fríamente—. Le he dicho respecto al asesinato todo lo que sabía, y esto lo leí en la Pren...

Di otro paso y le golpeé con el cañón de la automática en medio de la barbilla.

Morganson dio un traspié, se dobló en dos y cayó al suelo con un gemido.

En el acto un chorro de maldiciones salió de su boca, y luego, muy lentamente, se puso en pie.

—Será mejor qué escupa todo lo que sepa o le destrozaré, Morganson —dije entonces fríamente—. Quiero saber qué relaciones le unían a mi mujer. Quiero saber todo lo relacionado con esos trescientos mil dólares y la parte que tiene usted y Donalson en la muerte de Al Simns, uno de...

Repentinamente se lanzó contra mí, llevando la cabeza baja.

Con una mueca burlona en mis labios, me hice a un lado, y de pasada le clavé el cañón de la automática en la oreja, pero procurando no tocar su cabeza.

Lanzó un alarido que me, puso el vello de punta, y después cayó de rodillas.

Entonces guardé la automática y le di un golpe en un lado de la cara que le lanzó sobre la hierba hecho un guiñapo. Acto seguido completé la cosa con un patadón en los riñones y me aparté un tanto.

Morganson, ovillado en el suelo, estaba completamente inmóvil. Me pregunté si había sido tan idiota como para dejarle sin sentido a las primeras de cambio.

Entonces me acerqué de nuevo.

CAPÍTULO X

Morganson continuó sin moverse hasta que el muy bastardo me tuvo a su alcance.

Lo comprendí cuando alargó la mano y me tomó por uno de los tobillos. Casi en el acto me volteó sobre la hierba. Después, con un aullido impresionante, se lanzó sobre mí.

Su puño derecho me golpeó la mandíbula y un millón de luces de todos colores estallaron en mi cabeza.

Después me golpeó un par de veces más y luego llevó las manos a mi cuello. Reaccioné cuando la presa se cerraba en torno al mismo amenazando ahogarme.

Entonces le golpeé con el canto de la mano encima del puente de la nariz. No muy fuerte porque no deseaba matarle, y Morganson, con un gemido apartó sus manos de mi cuello.

No le di respiro y volví a golpearle en medio de la cara lanzándole al suelo y acto seguido me puse en pie. A continuación, empecé a golpearle con pies y manos hasta que le oí gemir como en una retahíla sin fin, que para mis oídos fue música celestial.

—Hablaré... hablaré... no me pegue... habla... ré...

Me aparté de su lado y extraje la automática.

—Póngase en pie, Morganson —dije—. Pero hágalo despacio. Otra treta sucia y le mando al infierno sin esperar a que hable, bastardo.

Tardó en conseguirlo más de cinco largos segundos, pero al fin le tuve frente a mí, con un ojo cerrado, desgreñado, con el nudo de la corbata desecho, sangrando por la nariz, y con el rostro tumefacto.

—¿Cómo conoció a mi mujer, Morganson?

Tragó saliva un par de veces.

—Si hablo me matarán, míster Brent —dijo con voz ronca.

—¿Quién va a matarle, Morganson?

—Yo... no... no puedo decirlo...

—De acuerdo. ¿Quién mató a mi esposa? ¿Cómo la conoció usted, cerdo? Conteste o le meto una bala en el estómago. Piense que yo estoy más cerca de usted que Donalson y por tanto...

Callé.

No hacía falta terminar la frase. ¿Para qué?

Le vi vacilar y levanté un poco el cañón de la automática.

Aquel pequeño pero significativo gesto pareció decidirle.

—Me la presentó hace cosa de un año el propio Donalson —replicó.

—¡Mientes, bastardo! —repliqué dando un paso al frente.

—¡No! Fue él quien me la presentó.

Le miré sin poder dar crédito a lo que oía. ¡Un año! ¿Desde cuándo, entonces, Leila trataba con Donalson?

Morganson no mentía. Estaba sonriendo con sus labios partidos, gozándose ante mi estupor, ante la angustia que adivinaba en mí.

—¿Qué relaciones les unían? —pregunté con voz ronca.

—No lo sé. Supongo que negocios. Donalson conoce a un sinfín de mujeres, casadas y solteras. Vive de ello, según sospecho, o al menos es otro de sus saneados negocios.

—¿Chantaje?

—No lo sé, y le digo la verdad.

—Bien. Volvamos a la otra noche. La vi salir con usted del «Palas». ¿Por qué la mató, Morganson?

Retrocedió un par de pasos mirando a todos lados como una fiera acorralada. Después clavó sus ojos en el cañón de la automática que le apuntaba al pecho, la cual brillaba de manera opaca debido al resplandor de los faros del sedán los cuales habíamos dejado encendidos para poder ver un poco en aquella oscuridad que nos rodeaba.

Vi como su nuez subía y bajaba y noté su acelerada respiración.

Repentinamente empezó a hablar y su voz sonó en mis oídos un tanto temblorosa.

—Le dije la verdad cuando afirmé que yo no la maté, míster Brent —dijo—. Ciertamente salimos juntos del «Palas», y cierto que la acompañé hasta su apartamento, pero cuando la dejé segundos más

tarde, *mistress* Brent, su esposa de usted, estaba viva.

Recapacité durante unos cuantos segundos y decidí hacer nuevas preguntas. Para continuar con el asesinato de Leila había tiempo de sobra, en toda aquella noche, aunque Liz tuviera que estar esperándome en la redacción hasta el día siguiente.

—¿Fue usted quién la llevó al «Palas»?

—No, y aunque no me crea fue así. *Mistress* Brent estaba allí.

—¿Con quién?

—Con Donalson, y era su despacho privado. Discutían como nunca les he oído discutir. *Mistress* Brent dijo algo así como que le mataría cualquier día.

—¿De qué discutían?

—Casi no oí nada ya que cuando entré callaron. Pero debo entender o, al menos lo creí así entonces, que era de dinero.

—¡Está mintiendo!

El tipo se encrespó.

—Escuche, míster Brent —dijo secamente—. Puede matarme en este momento, pero no logrará que cambie ni una coma de lo que le he dicho. Donalson y *mistress* Brent se estaban peleando, al parecer por cuestiones de dinero. Ella le amenazaba de muerte si seguía molestándola. Después entré y callaron. Luego Donalson la mandó que se fuera, y ella me pidió que la acompañara. Estaba viva cuando la dejé. Si la mataron a poco deirme yo, no sé quién lo hizo ni por qué. ¿Entiende? Ahora haga de mí lo que quiera.

No repliqué.

Pensaba.

Pensaba en el número extraordinario que iba a salir a primera hora de la mañana siguiente. Nada menos que todo un cacique como Alfred Morganson complicado en el asesinato de mi esposa. Con aquella noticia nada más, había para hacer fracasar completamente todos los manejos de Donalson. La candidatura del actual alcalde no peligraba por la oposición de éste y el propio Morganson que ya no podría presentarse a las elecciones.

Pero ¿cómo probar el asesinato de Al Simns y el de la pobre Leila?

¿Eran los dos uno solo, o el uno era producto del otro?

¿Cómo saberlo?

Miré a Morganson y disparé la pregunta repentinamente:

—¿Qué sabe de esos trescientos mil dólares que se sospecha han sido estafados al «fisco», Morganson?

Su respuesta, por lo rápida, me dio la impresión de que él ya esperaba mi pregunta.

—No sé nada de ellos. Donalson tampoco sabe a dónde fueron a parar.

—Eso sí que no lo creo.

—Bueno, yo tampoco. Para mí que se los dio a alguna mujer y ésta le dio esquinazo. Donalson es demasiado orgulloso para ir pregonando que una perra cualquiera se le burló, ¿comprende?

—Cite nombres.

—No sé ninguno. Tal vez...

Se interrumpió mirándome, e inició una torcida sonrisa.

—Tal vez mi difunta esposa pudiera decir algo de esto si estuviera viva, ¿no? ¿Qué le hace sospecharlo?

Se encogió de hombros y después se pasó el sucio pañuelo por la cara.

—No lo sé. Es una suposición. Recuerde, ellos discutían de dinero. Por otra parte, sé, claro que de oídas, que había otras. Siempre ha habido otras en la vida de Donalson.

Callé. Por aquella noche ya había bastante, aparte de que no se me ocurrían más preguntas por el momento. Si había algo más que hacer, era cosa del teniente Patterson.

Estaba seguro de qué cuando leyera la noticia de aquella charla en el número extraordinario del «Cronicle» detendría a nuestro querido amigo Morganson.

Patterson le sacaría todo lo que supiera. Le estrujaría por dentro y por fuera.

—¿Qué va a hacer ahora conmigo, míster Brent?

La pregunta no me tomó de sorpresa ya que la esperaba. Entonces giré un tanto el rostro hacia los árboles que había a su izquierda e hice una señal con la mano.

Al punto se oyeron unos pasos.

Morganson se volvió cara a los árboles como una fiera, para encararse con Mulligan que, con el bloc de notas en la mano y un lápiz, avanzaba hacia nosotros.

Después giró hacia mí.

—¿Qué diablos sig...?

—Ya lo está viendo, Morganson —repliqué fríamente—. La escenita y la conversación han tenido un testigo. Un testigo, que, a pesar de estar a oscuras bajo los árboles, estoy seguro de que la ha tomado, punto por punto en taquigrafía. Hace un momento me preguntaba qué es lo que iba a hacer con usted, ¿no? Pues se lo voy a decir ahora. Vamos a llevarle a la redacción del «Cronicle» donde mi secretaria, *miss* Grant, la pasará a máquina. Después usted la firmará y mañana bien temprano saldrá en primera página en una edición extraordinaria del periódico. ¿Qué le parece?

Morganson soltó una maldición y se lanzó contra mí. Le estaba esperando. Por tanto, no tuve nada más que apartarme, y de pasada le golpeé con el cañón de la automática en medio de la cara.

Cayó con un aparatoso desgarrón, que le cruzó la mejilla desde debajo de la sien derecha hasta cerca de la boca.

Entre Mulligan y yo le levantamos y lo introducimos en el sedán.

—¿Podrá manejarle usted solo, míster Brent? —preguntó.

—Desde luego. Si le veo rebullirse de nuevo le atizaré otra vez. Estará mejor durmiendo hasta que lleguemos a la redacción.

—Está bien. Le seguiré en su coche.

Lo hicimos así.

El uno detrás del otro, enfilamos de nuevo la carretera hacia Nueva York, a bastante buena velocidad, pero sin salimos del límite marcado por el código de circulación.

CAPÍTULO XI

Cuando llegamos a Broodway frente a la redacción del «Cronicle», Morganson ya había despertado de su beatífico sueño.

Por tanto, hasta allí, tuve que conducir con una sola mano mientras con la otra no dejaba de apuntarle.

Al fin detuve al sedán en la puerta y le hice bajar. Detrás de nosotros, cosa de una cuadra más abajo, el «Mercury» conducido por Mulligan dio la vuelta por la bocacalle y enfiló Broadway.

Y lo hizo cuando Morganson descendía del sedán, dando traspiés, y llevándome inmediatamente detrás.

Ninguno de los dos tuvimos tiempo de llegar. Repentinamente oí el chirrido de unos frenos aplicados con violencia y acto seguido el gemido de las llantas sobre el asfalto.

Me volví. Mulligan acababa de frenar violentamente detrás del sedán mientras que con el brazo fuera de la ventanilla señalaba algo que yo de momento no veía, pero que intuí cuando él se lanzó repentinamente al fondo del «Mercury».

Rápidamente y, sin ver todavía nada en concreto, me lancé sobre Morganson con ánimo de derribarlo al suelo. Pero llegué tarde.

Apenas iniciado el movimiento tuve que lanzarme de cabeza bajo las ruedas del sedán cuando una metralleta «Stern» dejó oír su seca, rápida y mortífera voz.

Unos segundos después, vi al individuo, justo en el momento en que se disponía a enfilarme también. Disparé alojándole un plomo en medio de los sesos y en el acto se inclinó hacia adelante. Pero no llegó a tocar el suelo, porque salido de no sé dónde, un potente «Pontiac» último modelo apareció a toda marcha.

Sólo tuve tiempo de ver un bulto que sobresalía de una de las

portezuelas, un par de brazos, y después todo desapareció de mi vista de una forma fugaz, cuando el «Pontiac» aceleró su marcha Broadway arriba, hasta que dio la vuelta sobre dos ruedas en la próxima esquina.

Entonces me puse en pie y miré en torno.

Del pistolero con la «Stern» no había ni rastro aunque la metralleta había quedado en el suelo.

Aquellos cerdos en un fantástico alarde automovilístico se lo habían llevado, para que el cadáver no pudiera ser reconocido.

El cristal delantero del «Mercury», había saltado en mil pedazos, pero respiré satisfecho cuando vi a Mulligan completamente ileso.

Lo que no me gustó tanto fue ver el cadáver de Morganson caído sobre las baldosas de la acera y completamente acribillado.

Su declaración tomada en notas taquigráficas por Mulligan carecía ya de valor. Un triunfo más para Chick Donalson, con todos mis respetos. El cerdo sabía trabajar muy aprisa.

—¿Está bien, míster Brent?

—Sí, Mulligan. ¿Y usted?

—También. Le vi a tiempo y... ¡Rayos coronados, míster Brent, creí que no lo contaba usted!

Antes de replicar me di cuenta de que los curiosos, surgidos de no sabía dónde empezaban a acercarse a nosotros, y entonces tiré del brazo de Mulligan.

—Vamos adentro. No tardará en venir la Policía y algún que otro testigo y no deseo ser interrogado entre tanto público.

Avanzamos hacia la entrada del edificio. Cruzábamos ya el umbral, cuando un torbellino blanco cayó sobre mí con el mismo ímpetu que un tornado en los Cayos de Florida.

Sólo tuve tiempo de cerrar mis brazos en torno a una delicada cintura femenina y notar unos labios de fuego sobre los míos.

Después, en plena calle, perdí por unos minutos la noción de todo.

Hasta que tres o cuatro minutos más tarde, ¡yo que sé!, pude darme cuenta de que era Liz la que así expresaba su alegría por verme.

—Creí... creí que te habían matado, Jeff —susurró a mi oído.

Me mordió en una oreja y tiré de ella hacia el interior, seguido por la mirada socarrona de Mulligan, que al parecer había olvidado

lo cerca que estuvo de convertirse en fiambre, con mi automóvil de ataúd y mortaja.

Subimos con el ascensor hasta el piso donde tenía mi despacho particular y entramos en él. Fue entonces cuando Liz se separó de mi brazo, que hasta entonces la había estado rodeando la cintura y se sentó en uno de los sillones.

En el acto, Mulligan lo hizo arrellanándose en el otro, a su lado, y yo fui a situarme detrás de la mesa. Fue entonces, cuando reparé en aquella carta, a mi nombre, y con un rótulo en un ángulo del sobre que decía Estrictamente Particular.

La tomé, hice ademán de abrir el sobre, pero la entrada de la policía, llevando al teniente Patterson en cabeza, interrumpió mi ademán. Por tanto, la guardé en el bolsillo.

Sin saludar, sin dar las buenas noches o los buenos días, que para el caso era igual, Peterson me enfrentó mirándome con ojo clínico.

Y la verdad era que después de mis golpes intercambiados con los de Morganson, mi aspecto dejaba mucho que desear.

—¿Qué ha ocurrido, míster Brent?

—Que alguien con una «Stern», que usted habrá encontrado en el suelo, se cargó a Morganson. Esto levantará una gran polvareda, teniente.

—Seguro que sí. Como también estoy seguro de que usted contribuirá a que así suceda, ¿no?

—Confieso que no se equivoca, teniente —repliqué—. ¿Algo más?

—Pues sí. ¿Sabe usted por qué le mataron?

—Yo no. ¿Y usted, teniente?

—Las preguntas las hago yo y usted las contesta míster Brent. ¿Entendidos? —dije que sí con la cabeza mientras él añadía—: Escuche atentamente y no me tome por tonto, ya que no lo soy: Morganson ha sido golpeado bárbaramente y usted también trae señales de no haberlo pasado del todo bien. ¿Quiere contarme todo, o prefiere que le lleve al Precinto?

Supuse que lo estaba deseando. Supuse también, y acertadamente, que lo haría a la menor ocasión, e hice una seña a Mulligan, que en vista de los acontecimientos permanecía silencioso mirándonos a ambos.

En el acto me entendió. Tanto es así, que al segundo siguiente, Patterson tenía en sus manos la declaración de Morganson, que éste no llegó a firmar porque se lo impidió casi todo el cargador de una «Stern».

Lo miró por todos lados y después clavó sus ojos en mí.

—¿Qué burla es ésta, míster Brent? —preguntó.

—Ninguna burla, teniente, aunque sí debo decirle que olvidé que usted no podía tener conocimientos de taquigrafía, y mucho menos de la taquigrafía particular que emplea míster Mulligan. En fin, que él mismo lea lo que ha escrito.

Patterson, con el rostro rojo, le devolvió las cuartillas a Mulligan que se puso en pie. Acto seguido empezó a leer, y al acabar el teniente me miró atentamente.

—Conque era esto, ¿no?

—Sí, era eso, teniente. En cuanto a los motivos que tuvieran para matarle, no tengo ni la menor idea.

—¿Supone que le siguió alguien, míster Brent?

—Pudo ser, pero yo no le vi.

—¿Es todo cuanto tiene que decir?

—Sí. Eso es todo.

Me miró de pies a cabeza con los ojos relucientes y, sin demostrarlo, noté que empezaba a intranquilizarme.

Al fin habló. Y al oírle, comprendí que no me había equivocado. El teniente Patterson estaba fraguando algo contra mí. Pero ¿qué?

—Pues yo no, míster Brent. Todavía queda algo por decir, y tengo que hacerlo yo en su momento oportuno. Por ahora sólo le diré que no se ausente para nada de Nueva York. Es una orden.

Antes de que saliera de mi asombro, se había ido seguido de sus secuaces. Y cuando me puse en pie para salir tras él, oí en la calle el ruido de las sirenas.

Me dejé caer en el sillón y miré a Liz y a Mulligan.

Me encaré definitivamente con éste.

—Puede irse a descansar, si quiere, Mulligan —dije.

Me contestó con una pregunta:

—¿Cómo va usted a componer el artículo para la edición extraordinaria de mañana?

—¿Tiene usted alguna idea? De no ser así, no saldría ningún número extraordinario.

—Sí, creo que sí. Creo que puedo componer con estos datos, basados en las declaraciones de Morganson y en su asesinato, algo que va a escocer a más de cuatro.

—Y entre éstos al propio teniente Patterson, ¿no?

—Seguro que sí. Entre otras cosas pienso preguntar si la policía, en vez de detener asesinos, no tiene otra cosa que hacer que meterse abiertamente con el «Cronicle», y en particular con su redactor-jefe.

—La idea me gusta. Adelante con ella —declaré soltando una risita.

—¿Piensa esperar aquí hasta corregirla?

—No —repliqué—. Confío en usted.

Mientras hablaba rebusqué en mis bolsillos hasta encontrar los cigarrillos, pero entonces encontré algo más. ¡Aquella carta!

Volví a leer de nuevo la dirección y aquella frase en letras mayúsculas. Entonces, olvidado momentáneamente de mis ganas de fumar, la abrí.

Una buena fotografía y una nota.

La nota, sin firmar, la pasé por alto por el momento. La fotografía no.

Era una sucia fotografía.

De Liz.

Ella estaba de frente. El hombre de espaldas. Eso era todo, pero seguía siendo una sucia fotografía.

La miré de nuevo. Liz era muy hermosa.

Después la guardé en mi bolsillo y miré la nota. Pocas palabras, y dudo de que hicieran falta más, por lo menos para mí:

«¿Qué le parece? Pues piense en ello. Está jugando con fuego y se quemará. ¿Qué le parece si en alguno de esos periodicuchos que viven del chantaje apareciera una fotografía como ésta, pero de cierta dama? Olvídense del asesinato de Al Simns y también olvidaré yo cierta fotografía».

Sin firma y escrita a máquina.

Lentamente metí la fotografía y la nota en el sobre, sin mirar a

Liz, y lo guardé de nuevo en mi bolsillo. Después alargué la mano hasta tomar el auricular.

Mientras discaba el número del «Palas», me di cuenta de que los ojos de Mulligan brillaban en forma inusitada. Como si supiera de antemano o adivinara qué era lo que yo había guardado en mi bolsillo.

Pensando en que Liz tendría que explicarme muchas cosas, y mientras a mi mente acudían otras, me puse en comunicación con el Club.

Donalson no estaba allí, por lo que tuve que telefonar varias veces más hasta que, consultando la guía logré encontrarle en su propio domicilio.

Supongo que primeramente se puso al aparato uno de sus gorilas, y que luego, cuando di mi nombre le llamó.

El caso fue que tres minutos después le tenía al otro lado del hilo.

—¿Míster Brent?

—Sí, yo mismo. Quería decirle algo importante pero no sabía dónde encontrarle. He perdido media hora tratando de localizarle.

—¿Tan importante era?

—Usted juzgará —dije—. Le he llamado para decirle que tengo en mi poder esa nota juntamente con lo otro. Y para felicitarle también. No hay duda que trabaja bien y aprisa, Donalson. Pero ¿hasta cuándo?

—Pero ¿qué diablos...?

—¡Cierra el pico, bastardo! —Le insulté tuteándole al mismo tiempo—. Bien sabes a lo que me refiero. Pero esta vez has cometido una equivocación. La dama hablará. Contará lo que sepa por las buenas o por las malas, Morganson era un hombre y cantó. Ya lo creo que cantó.

Soltó una risita.

—Veo que es usted muy listo, míster Brent. Pero ¿por qué no deja el asunto? Si publico eso que usted sabe en alguno de esos periodicuchos está usted listo. ¿Comprende?

—Y... ¿quién es el hombre, Donalson? ¿Tú?

Rió de nuevo y un escalofrío recorrió mi cuerpo mucho antes de oírle replicar:

—¿Usted qué cree, míster Brent?

—¡Maldito cerdo!, Voy a ponerte las manos encima, bastardo. Y voy a hacerlo de una vez para siempre.

—¿Piensa venir a verme?

—¿Ahora? No. No me creas tan tonto, cerdo. Desde luego iré, pero cuando menos esperes. No quiero que tus gorilas me estén esperando para freírme desde una esquina; como lo han hecho con Morganson.

Le oí reír de nuevo, pero colgó antes de que pudiera añadir una sola palabra más.

Entonces clavé mis ojos en Mulligan, que me observaba atentamente como tratando de adivinar qué era lo que había dicho Donalson, y me puse pie, diciendo ahora a Liz.

—¿Nos vamos, tesoro? —pregunté.

—Sí, cuando tú quieras, Jeff.

Se puso en pie, vino a mi lado y la prendí por la cintura. Acto seguido hice un ademán de saludo a Mulligan y salimos de allí.

Pero lo que no pude comprender en aquel momento, fue la mirada que éste me lanzó al pasar por su lado.

Fue como si quisiera advertirme de algo sumamente importante para mí y tal vez relacionado con la propia Liz.

De Liz Grant, mi secretaria, creía yo saber bastante más que él, al menos por el momento.

CAPÍTULO XII

Por aquella vez el teniente Patterson no se había llevado el «Mercury», aunque si lo había hecho con el sedán de Morganson.

Por tanto Liz y yo subimos a él, y apenas hube cerrado la portezuela la tuve en mis brazos, mientras me buscaba los labios rodeándome el cuello con los suyos.

Después se separó un tanto y quedé admirado una vez más de que su seno no rompiera la tela de la escotada blusa, cuando aspiró aire para suspirar después:

—¿A dónde me llevas, cariño? —pregunto luego de recobrar el aliento.

—A tu casa, si no tienes inconveniente, tesoro —repliqué aparentando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—¿Inconveniente? No, ninguno. ¿Por qué había de tenerlo yendo contigo?

Yo también pensaba lo mismo pero me lo callé.

Llegamos a su apartamento en el más completo silencio. Una vez dentro de él, la conduje al *living* y después de besarla preparé un par de *whiskies* mientras ella penetraba en su dormitorio.

Cuando regresó llevando por toda prenda una trasparente y costosa «negligé» de nylon tuve que mirar a otro lado, y hacer un esfuerzo enorme, primero para que ella no notara mi turbación, y segundo, éste el más importante, por conservar las ideas claras.

Bebió un poco. Me tendió una mano, que tomé entre las mías y entonces tiró de mí.

—Siéntate a mi lado, querido —dijo.

No tuve más remedio que hacerlo, y para no mirarla tan cerca, simulé beber también.

Cuando hube terminado pregunté suavemente:

—Dime, Liz: ¿Dónde diablos estuviste ayer tarde?

—Fui al Precinto 10 en busca del coche. Creí que te lo había dicho.

—¿Y empleaste toda la tarde?

—Me entretuvieron bastante. Intenté sonsacar a Paterson sobre el asesinato de Leila, pero como ya te comuniqué, no conseguí que me dijera nada.

—¡Caramba! ¿Y empleaste toda la tarde para ello?

—¡Claro! ¿Qué tiene de particular, Jeff?

—No, nada —repliqué más suavemente aún—. Nada a no ser que en vez de estar con el teniente Patterson, estuvieras en los brazos de Donalson. Entonces sí tendría importancia, ricura.

Su rostro se demudó mientras se ponía en pie con los ojos centelleantes.

—¡Jeff! ¡Me estás insultando! Lo estás haciendo y no pienso permitírtelo. ¿Qué significan tus palabras? ¿Por qué nombras a Donalson en unión mía? No sé qué quieres decir.

Bebí de nuevo hasta apurar el vaso y mi respuesta fue otra pregunta que la desconcertó.

—¿Hace mucho tiempo que conocías a Leila, ricura?



—¿Dónde diablos estuviste ayer tarde?

—¿Qué...? Pero ¿qué día...?

La interrumpí con una seca y corta carcajada mientras ella retrocedía para desplomarse completamente sobre el sofá, como si repentinamente hubiera comprendido lo que se le venía encima.

Entonces deposité el vaso encima de la mesita ratona y extraje el sobre de mi bolsillo.

Lentamente saqué la fotografía y la lancé encima de sus desnudas piernas. Pero más lentamente la tomó ella entre sus manos. La miró, se puso en pie y vino a mi lado.

Se detuvo rozándome, mirándome a los ojos durante mucho rato. Después ocurrió algo que verdaderamente no esperaba.

Con un ahogado sollozo, Liz se precipitó contra mi pecho estrechándose contra mí. Instintivamente y de una manera inconsciente le acaricié el pelo, hasta que levantó el rostro bañado en lágrimas hacia mí.

O yo era tonto, o ni sus lágrimas ni sus entrecortados sollozos tenían nada de fingidos.

Repentinamente, y de la misma forma que se había precipitado entre mis brazos, se separó de ellos y en el acto se bebió el *whisky* de golpe.

Después se sentó en el sofá sin dejar de mirarme.

—Ven a mi lado, Jeff —dijo en un susurro—. Te lo contaré todo.

Hice lo que me pedía. Encendí dos cigarrillos y le puse uno entre los labios. Aspiró fuertemente un par de veces y luego me miró, bajando acto seguido los ojos al suelo.

Sin mirarme preguntó:

—Supongo que a ti lo que te interesa es Leila, ¿verdad?

—Supones bien —repliqué secamente—. ¿Cómo la conociste?

Aspiró de nuevo el humo y replicó:

—La conocí siempre, Jeff. Leila era una buena muchacha. Una buena chica en toda la extensión de la palabra, pero Donalson la tenía entre sus manos. Por eso se separó de ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Leila misma me lo contó.

La miré incrédulo, pero Liz, aunque comprendió mi mirada no hizo caso de ella.

Continuó en seguida.

—Las dos vinimos juntas de Chicago a Nueva York, y las dos también con las mismas ideas. El burlesque de Broadway. Ambas conocimos pronto a Donalson, pero él se fijó principalmente en Leila. Ella no era de esa clase y pronto le paró los pies. Pero Donalson la engañó, como me engañó a mí prometiéndome ocuparse de mis actitudes de bailarina, cosa que no cumplió nunca.

«Persiguió a Leila hasta hacerla la vida imposible. Tanto es así,»

que ella no tuvo más remedio que presentarse más de una vez en sitios donde él bajo otro nombre poniendo como testaferro a alguno de sus hombres, daba fiestas. Era algo inocente hasta cierto punto. Y lo fue para Leila hasta que cierto día, requerida por el anfitrión, tuvo que quedarse hasta más tarde.

«Días después, Leila me contó lo que había ocurrido en realidad. Supongo, como así lo suponía ella, que fue drogada o algo por el estilo. El caso es que hay fotografías, ¿sabes?

»Nada malo, pero que amañadas pueden dar un extraordinario resultado. A partir de entonces, Donalson la obligó a que la sirviera, como también la obligó a que se separara de ti insinuando que si no lo hacía pondría en tu conocimiento todo lo ocurrido en aquellas fiestas.

»Leila tuvo miedo. Amenazó con matarle si no la dejaba en paz. Pero él se rió de ella. Sin embargo, Leila era la de siempre, su miedo estribaba en que tú, el hombre que quería, no supiera comprenderla».

Vi que callaba para beber un poco y entonces pregunté:

—¿Qué clase de trabajos efectuaba para Donalson, Liz? Tú lo sabes, ¿no?

—Repartir drogas.

Solté un respingo.

—¿También eso? ¿Qué clase de drogas?

—Cocaína, morfina, marihuana... En fin, de todo, Jeff.

—Y tú, Liz, ¿qué trabajo hacías para él?

—Ninguno. Prueba de ello es que cuando se casó tu secretaria anterior aproveché la ocasión para presentarme a ti, gracias a que Leila me avisó con tiempo suficiente para ser la primera. El único objetivo para Donalson era Leila. Sospecho que la odiaba casi tanto o más que la deseó en un principio, espoleado por los desplantes de ella. Deseaba hundirla y hundió vuestro matrimonio —hizo una pausa y añadió pensativa—: No me extrañaría que fuera él quien la matase.

—¿Por qué?

—Hay, y según te he oído decir, cosa que también ha publicado el «Cronicle», un montón de dólares que no aparecen en los libros de Donalson y que, según el «fisco», tienen que estar en alguna parte. ¿Quién nos dice que Donalson no se los entregara a ella, y

bajo amenazas quisiera obligarla, ya que prácticamente era una desconocida para la policía, a que los repartiera entre los elementos que tenían que perturbar las próximas elecciones, y que Leila, deseando resarcirse de todo lo pasado no se apropiara de ellos?

Era una idea.

Una magnífica idea.

Una magnífica idea qué tenía un inconveniente.

—Si era así, ¿por qué lo hizo teniendo Donalson fotografías que podían comprometerla?

—No lo sé, Jeff.

Entonces recapacité recordando mi «amistosa» conversación con el difunto Morganson.

Ahí podía estar la clave. Leila se había apoderado de aquellos dólares y fue a ver a Donalson para decirle que no se los entregaría a no ser a cambio de las fotografías y los negativos.

Por eso la mató.

Si, casi podía ser aquello. Pero si era así, ¿qué hizo Leila de los trescientos mil dólares?

¿Los tenía de nuevo Donalson? ¿Había sido capaz éste de matarla sin que ella se los hubiera devuelto?

A estas dos preguntas no pude contestarme satisfactoriamente, pero mucho después alguien contestó por mí, y de una forma...

Encendí un nuevo cigarrillo con la punta del otro y miré fijamente a Liz apartando, de mi mente todos aquellos pensamientos y preguntas que no hacían nada más que embrollar la cosa.

—De acuerdo, querida —dije repentinamente—. Ve a tu cuarto y quítate ese trapito. Acto seguido vístete de calle, que vamos a salir.

Se puso en pie y me miró.

—¿Vas a llevarme a la policía, Jeff?

—No, tesoro. Vamos a ir a la redacción del «Cronicle», Con esa noticia, firmada por ti, Donalson está acabado prácticamente. Es decir, si no tienes miedo.

No apartó sus ojos de los míos cuando replicó:

—No, Jeff, no tengo miedo... yendo a tu lado.

Giró en redondo y desapareció por la puerta de su dormitorio.

Apenas tardó diez minutos en presentarse de nuevo ante mis ojos ataviada, con las mismas ropas que vestía cuando

abandonamos la redacción del «Cronicle».

Me tomó del brazo mirándose en mis ojos, pero no me besó.

—Vamos, Jeff —dijo suavemente—. Cuando quieras.

Tiró de mí y ambos nos encaminamos hacia la puerta. Sonó el timbre de la misma de una forma insistente. Una y otra vez.

Las llamadas eran perentorias, y yo sabía que tan sólo la policía llamaba a una casa de aquella manera, y a aquellas horas.

Me adelanté y abrí, dejando a Liz en mi espalda.

Eran tres.

Tres policías de uniforme, y los tres con cara de no saber reír ni haciéndoles cosquillas en los pies.

—Policía —dijo el que venía delante, cosa que no hacía falta—. *Miss Grant* tendrá que venir con nosotros, míster Brent. ¿O no es usted míster Brent?

—Soy míster Brent —repliqué en el acto—. ¿Por qué detienen a mi secretaria?

—Eso se lo dirá a usted el teniente Patterson. Nosotros sólo sabemos que tenemos que llevarla al Precinto —ladeó un poco la cabeza para mirar por encima de mi hombro y añadió—: Vamos, *miss Grant*, la estamos esperando.

Maldije para mis adentros, no dudando que Donalson, y también de una forma anónima, había mandado una de aquellas fotografías a Patterson y el teniente había atado cabos.

Pero ¿por qué lo había hecho? Esto le comprometía a él mismo. Liz sabía cosas como para ponerle en un brete.

CAPÍTULO XIII

El triunfo se me iba de las manos, y era yo, precisamente, el que quería llevar el asunto al «Cronicle». No deseaba en modo alguno que la policía, y más concretamente el Departamento de Homicidios se me adelantara en aquello.

Liz sabía mucho. Según mi propia opinión bastante más que me había dicho. Aquella declaración se podía escribir allí mismo. Liz podía firmarla. Yo mismo la llevara a la redacción, y al día siguiente estallaría la bomba en todo el estado.

Intenté algo desesperado cuando uno de los policías, el que había hablado primero, se adelantó hacia Liz con ánimo de prenderla por un brazo.

—Escuche —dije—. Yo mismo conduciré a mí secretaria al Precinto 10. Tenemos un trabajo entre manos que tiene que salir en la primera página del «Cronicle» a primeras horas de la mañana. No puedo hacerlo de ningún modo sin la ayuda de mi secretaria.

Los tres tipos se miraron atentamente unos segundos.

Después, como puestos de acuerdo, rieron al mis tiempo.

—No hay duda que es usted un tipo listo, míster Brent —replicó como siempre el que llevaba la voz cantante—. Pero eso es precisamente lo que desea el teniente Patterson, interrogar a su secretaria. Al parecer, ha recibido un anónimo que le hace sospechar de ella. Y nos estamos refiriendo a Chick Donalson.

—Pero el interrogatorio puede esperar...

La risotada de aquel tipo me interrumpió mientras un sentimiento de cólera se iba apoderando de mí.

—Ella tiene que venir ahora con nosotros, míster Brent —dijo secamente—. Precisamente es eso lo que intenta evitar el teniente, que *miss* Grant haga alguna declaración a la Prensa mucho antes

que a la policía.

Alargó la mano al terminar de hablar y la tomó del brazo.

Entonces di un paso al frente y dije:

—Está bien, polizonte. Usted gana. Les acompaño.

Los tres me miraron nuevamente.

—Escuche, míster Brent —replicó ahora en un tono que no me gustó—. Nosotros vamos a llevarnos a su secretaria al Precinto, y usted va a quedarse aquí, ¿entiende?

—¡Qué diablos...!

—Es la orden que tenemos, míster Brent. Puede quedarse aquí o irse a dormir a otra parte. Puede incluso pegarse un tiro —giró, hacia Liz y añadió—: Vamos, ricura, el teniente Patterson quiere hablar con usted.

Sentí deseos de golpearles a los tres pero me contuve.

Liz me sonrió y dijo alegremente:

—Jeff, no puedo hablar, no sé nada, llamen a mi abogado.

La comprendí en el acto y sonreía a mi vez. Liz no tardaría en estar en la calle mediante un mandamiento de «*habeas corpus*». Sabía dónde encontrar un buen abogado casi en el acto.

Los tres policías me miraron por tercera vez, y después fueron hacia la puerta llevando a Liz en medio, entre dos, y el tercero detrás.

Llegaban a ella cuando vi cómo Liz volvía el rostro hacia el que tenía a su izquierda.

Casi en el acto, su grito me taladró los oídos y al punto dio un tirón zafándose de la mano que la retenía.

—¡Cuidado, Jeff! ¡No son policías! Son hombres de...

Mis músculos se paralizaron por unos segundos, pero en el acto me arrojé al suelo llevando la mano a la funda de la axila.

Fue a tiempo, ya que dos balas, que, surgieron de la negra boca de la automática que empuñaba uno de ellos me rozaron el cuello cabelludo.

Disparé a mi vez, y el apartamento coquetón y agradable de mi secretaria se convirtió en un infierno.

Uno de los supuestos policías se vino al suelo con un boquete en el centro del corazón y otro quedo atravesado en el umbral de la puerta de la calle, mientras el tercero se lanzaba de cabeza contra el sofá volteándolo de una forma que le cubrió por completo.

Miré en torno y el vello se me puso de punta.

Liz mortalmente pálida, se sujetaba a unos cortinajes. Tenía una rosa escarlata en el centro del pecho, que se iba agrandando por momentos.

Finalmente cayó de rodillas envuelta en los cortinajes, y ya no pude mirar más.

Un balazo, procedente del otro lado del sofá, aulló cerca de mi cabeza y me volví mascullando una imprecación, presionando el gatillo hasta que agoté la carga de la automática.

El gángster recibió los primeros proyectiles en medio del pecho, y el resto en diferentes partes del cuerpo ya que impulsado por los pesados proyectiles fue de mi lado a otro, intentando agarrarse a cualquier asidero, que no encontró.

Después cayó mortalmente acribillado, casi junto a las hermosas piernas de Liz que asomaban con maligna profusión por debajo de los cortinajes que le servían de mortaja.

¿De mortaja?

Me puse en pie, y en previsión, antes de acercarme a ella, tomé una de las automáticas que había en el suelo, procedente de uno de los hombres de Donalson.

Me acerqué.

Liz vivía aún, pero no tardaría en morir. Tanto es así que no me atreví a levantarla para llevarla al sofá.

Arrodillado junto a ella entreabrí el escote de su blusa. Tenía un negro orificio entre los dos senos, del cual salía la sangre a borbotones.

Lo taponé como pude.

—Liz —susurré—. ¿Me oyes?

Abrió los ojos y me miró. Su sonrisa fue una mueca dolorosa.

—En..., en mi escritorio hay papel blanco, Jeff —murmuró—. Trae una hoja...

La miré sin comprender y ella añadió:

—La... la firmaré... Jeff. Podrás poner lo que quieras contra ese... cer... do.

Entonces la entendí, dándome cuenta de que fuera, en la escalera, se oían cuchicheos y algún que otro golpe en la puerta.

Entendí algo así como: «¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? Han sido tiros, ¿no?».

Me apresuré, dejándola sola.

Cuando tres minutos después regresé junto a ella, Liz tenía los ojos espantosamente abiertos y una mueca de sorpresa y estupor en su semblante.

Miré hacia el lavabo. La única oportunidad que tenía era la escalera de incendios. Los golpes en la puerta menudeaban. Repentinamente, el timbre del teléfono, repiqueteando insistentemente, me sobresaltó.

Vacíé entre tomarlo o no. Hice lo primero envolviéndome la mano con el pañuelo hasta que caí en la cuenta de que había tocado ya bastantes cosas en el apartamento de Liz, como para no tener que preocuparme por una huella digital más o menos.

Al otro lado del hilo estaba Elsa.

¡Y yo la había olvidado completamente!

Elsa. ¡Mi antiguo amor!

Preguntaba por Liz y repliqué yo:

—Liz no puede atenderte, tesoro —dije—. Está ocupada.

—¡Jeff!

—Sí, ricura, soy yo.

—¡Oh, Jeff! Es contigo con quien quería hablar. Llevo un par de horas intentando localizarte.

—Bien, ya me has encontrado.

—¿Qué es ese ruido, Jeff?

—Alguien está aporreando la puerta, Elsa. ¿Qué querías? Pero desembucha pronto, ricura.

Debió darse cuenta de que algo no marchaba bien ya que replicó rápidamente, y sus palabras tuvieron para mí el mismo efecto que si hubiera estallado una bomba bajo mis pies.

—¡Jeff! Ven pronto. Aquí, a casa. La policía te está buscando. Mulligan telefoneó hace poco desde el «Crómele» y me dijo que el teniente Patterson lleva una orden de arresto contra ti.

—¡Cuernos! ¿De qué se me acusa?

—Cree que has sido tú el asesino de Leila. Ven..., Jeff... te estaré esperando en la puerta trasera de nuestra casa.

—Pero...

Nada más, Elsa había colgado. Los golpes habían cesado, pero en la distancia se oía la sirena de la policía. Alguno de los vecinos se había entretenido en llamarla.

Crucé rápidamente el *living* después de lanzar una rápida mirada a Liz, a la que no besaría más, y ya en el lavabo abrí la ventana y rápidamente me descolgué por la escalerilla de incendios.

Una vez en, la calle, caminé aprisa procurando mezclarme entre la gente que abarrotaban las acorras, hasta que logré encontrar un taxi.

Elsa estaba detrás de la pequeña puerta trasera de su casa, y lo mismo que aquel día, también llevaba los cortos pantalones a medio muslo.

A la luz de la lámpara de la entrada, me pareció más hermosa que nunca.

Fue una visión fugaz ya que ella la apagó al instante, pero no tan rápidamente como para que yo no pudiera apreciarlo.

Después vino a mis brazos en medio de la oscuridad, y sus labios carnosos y llenos de fuego fueron para mis nervios un sedante, como lo habían sido tantas y tantas veces antes de conocer a la pobre Leila.

Correspondí, y cuando nos separamos ella tiró de mí hasta que alcanzamos una escalera. Fue al principio de la misma cuando susurró:

—Voy a llevarte a mi dormitorio, Jeff. Ve despacio. Mamá duerme en la habitación del fondo del pasillo y no deseo despertarla. Tendría que explicarle muchas cosas.

Confieso que me dejó de piedra, pero no repliqué.

A tientas, procurando no hacer ruido ni tropezar con los escalones, la seguí.

Unos minutos más tarde, Elsa se detuvo. Intuí que había una puerta por el sencillo procedimiento de empujarla, y después, casi en el acto me empujó a mí.

Acto seguido la cerró con llave y encendió la luz. Mire en torno y luego clavé mis ojos en ella. Elsa tenía el rostro ligeramente coloreado y también me miraba a mí.

Al advertir que la miraba desvió los ojos, pero se precipitó a mis brazos rodeándome el cuello con los suyos.

—¡Oh, Jeff, querido!

Me dejó de piedra con aquel cariñoso epíteto, pero no tuve tiempo de pensar mucho ya que sus labios y el tibio calor de su cuerpo tan junto al mío me hicieron olvidar, aunque sólo fue por

poco tiempo.

Cuando nos separamos hizo un gesto y me señaló la cama.

—Siéntate, Jeff —dijo.

Lo hice mientras ella hacía lo propio en una pequeña pero elegante butaquita. Acto seguido cruzó sus desnudas piernas y me miró:

—Bien, Elsa. ¿Quieres explicarte?

Siguió mirándome en silencio unos cuantos minutos más y al fin replicó:

—Te están buscando por el asesinato de Leila, querido. Según dijo Mulligan, el teniente Patterson ha estado haciendo investigaciones, y ahora quiere cargarte el muerto a ti.

Volví a quedarme de piedra, pero ahora no fue por ningún cariñoso calificativo.

—Pero ¿por qué?

—Es algo sencillo, Jeff, Leila, horas antes de morir, había suscrito una póliza de vida por un valor de trescientos mil dólares, que irían a parar, íntegros, a tus manos en cuanto ella muriera. Son muchos dólares, Jeff, y tus relaciones con Leila eran... un poco tirantes.

Me puse en pie de un salto.

—Eso es lo más absurdo que he oído en mi vida, Elsa —la señalé acusadoramente con el dedo—. Y tú... tú... ¿también lo crees?

—¡Jeff! ¿Por qué te crees que te he traído aquí, a mi propia casa y a mi propia habitación?

Me confesé a mí mismo que no lo sabía y la miré atentamente, de pies a cabeza. Elsa extendió sus dos piernas delante de mis ojos y añadió en vista de que yo no decía nada:

—Porque te quiero. Porque siempre estuve enamorada de ti. Lo... comprendí cuando te separaste de mí. Y sufrí mucho cuando tres meses más tarde te casaste con Leila. Por eso te he traído. Quiero ayudarte de un modo u otro.

La miré largamente mientras por mi mente pasaban todos y cada uno de los pequeños sucesos que habían contribuido meses atrás a que Elsa y yo rompiéramos nuestro compromiso.

CAPÍTULO XIV

Seguí pensando durante algunos segundos más y después avancé hacia ella. Elsa se puso en pie y vino hacia mí, pero la separé de mis brazos antes de que lograra besarme.

—¡Jeff!

Sus ojos, doloridos ahora, me miraron fijamente.

—¿Es así cómo me demuestras tu amor, Elsa?

Ahora su gesto cambió por el del estupor.

—No te entiendo, Jeff.

—¿No? Creí que eras más lista, Elsa. Dices que la policía me busca y que deseas ayudarme. ¿A qué esperas, pues? Ve y habla con el teniente Patterson y explícale los motivos que tú y tu madre tenéis para venderle a Donalson el «Cronicle», —hice un gesto sarcástico y añadí fríamente—: ¿De quién es esta vez la fotografía, ricura? ¿Acaso tuya?

—¡Jeff! ¿Qué...?

—No seas cínica, tesoro. Como puedes ver estoy enterado de todos los trapicheos de Donalson. Se servía de las mujeres que engañaba para sus fines. Leila fue una de ellas. Mi secretaria Liz Grant otra. Ambas han muerto asesinadas. Liz esta misma noche, dos o tres minutos antes da recibir tu comunicado telefónico. Tú puedes ser la tercera —y a continuación, sin darme un solo respiró, ni a ella tampoco, relaté de pe a pa todo lo ocurrido aquella noche a partir de mi encuentro con Morganson hasta el asesinato de Liz, y terminé diciendo—: Mis huellas digitales están por todas partes. Hay tres hombres muertos vestidos de policía, y Liz. Yo maté a los tres hombres, pero también me cargarán la muerte de ella, ya que salimos juntos de la redacción del «Cronicle», amor. Gracias por todo, pero me largo.

Sin más avancé hacia la puerta y ella me alcanzó casi en seguida, tomándome del brazo.

—Por favor, Jeff. ¡Quédate! Te ayudaré de un modo y otro. ¿Qué vas a hacer en la calle? Te detendrán antes de que puedas dar muchos pasos. —Se me acercó mimosa—. Quédate. Yo voy a salir ahora. Si no haces ruido madre no se enterará de que has estado aquí, ¿comprendes? Necesitas un lugar seguro durante unos días. Aquí no vendrá la policía a buscarte.

Fue su beso y no sus palabras lo que hizo que mis convicciones, vacilaran.

—¿A dónde vas a ir?

—A la Redacción del «Cronicle». Aún sigo siendo su dueña, ¿verdad? Nadie sospechará de mí aun yendo a estas horas.

—¿Qué pretendes con esa visita a estas horas?

—Forrester o Mulligan deben estar aún allí. Los dos tratando de localizarte. Los dos deseando darte la noticia. Voy a ir a tranquilizarles, y al mismo tiempo tratar de averiguar qué se sabe de la actuación de policía. ¿Te quedarás?

—Sí, sí me dices qué es lo que intentas, pero la verdad.

—¡Jeff! Pero... pero ¿por qué eres tan desconfiado querido?

No sonreí. No tenía ganas de hacerlo.

Seguí mirándola. Elsa estaba muy cerca. Por poco que se moviera nuestros cuerpos se tocarían. La prendí por el talle y sus caricias se tornaron apremiantes.

Después, cuando se separó de mis brazos dije por decir algo:

—Si salgo de ésta, tendré que casarme contigo.

No entendí su enigmática sonrisa aunque sí sus palabras:

—¿Y el «Cronicle», querido?

—Ése es el mayor inconveniente, dulzura. Tú sabes que...

—Lo sé, Jeff... y no me importa. Ahora ya no me importa el periódico. Sólo tú... querido.

—Bien, habla. ¿Qué es lo que tiene en su poder ese diablo de Donalson que os obliga a...?

—¡Por favor, Jeff! —interrumpió ella—. Es muy tarde ahora y deseo llegar al «Cronicle» antes de que se hayan ido todos, si es que verdaderamente a estas horas queda alguien allí. Te lo contaré todo mañana. Te lo prometo.

—¿Sin mentiras?

—Sin mentiras, Jeff. ¿Conforme, querido?

Vino a mis brazos, la besé y dije que sí, aunque yo también tenía mis ideas.

Después se volvió en redondo y mis ojos fueron a sus piernas y al suave balanceo de sus caderas cuando se encaminó a la puerta sin cambiar de indumentaria.

Luego ya no oí nada más. Por lo visto Elsa se había quitado los zapatos nada más cruzar la puerta, con objeto de no despertar a su madre.

Hice lo propio y la seguí.

Pero poco conocedor de la distribución de la casa, perdí mucho tiempo antes de alcanzar la puerta principal y orientarme hacia el garaje, rogando porque hubiera en él algún coche con las llaves de contacto puestas.

Delante de mí y llegando ya a la carretera, iba el coche que se llevaba a Elsa.

Tuve suerte, ya que encontré en el garaje dos automóviles más, todos con sus correspondientes llaves.

Subí a un «Opel Kapitán» último modelo, y que tenía el depósito lleno. Unos instantes después, y sin preocuparme de ser oído desde la casa, alcanzaba la carretera a todo gas.

Por delante de mí, lejos, muy lejos, vi las luces piloto de un automóvil. Pisé a fondo. El cuenta millas saltó de las sesenta, a las ochenta y de allí a las cien.

Y siguió subiendo a las ciento treinta, hasta que me di cuenta de aquella noche llevaba la suerte de cara. El automóvil que iba delante era el descapotable rojo de Elsa.

Aflojé la marcha hasta las cincuenta millas y así me mantuve por espacio de mucho tiempo, siempre detrás de ella, con la automática del «gángster» muerto en el bolsillo de la chaqueta, hasta que alcanzamos Nueva York.

Elsa detuvo el rojo convertible en la calle frente a una cabina telefónica. Aparqué media cuadra más atrás y esperé a que saliera.

Tardó en hacerlo cerca de un cuarto de hora, y de nuevo empezó la persecución.

Fue en aquella segunda etapa, cuando empecé a preocuparme, ya que Elsa no conducía el convertible hacia la redacción del «Cronicle» sino hacia el «Palas».

Claro que no podía ir allí, sino a otro sitio. Pero a pesar de aquella idea tranquilizadora, a cada vuelta de las ruedas sentía mayor desasosiego por ella.

No me equivoqué. Elsa detuvo el convertible en la plaza de estacionamiento del club y un par de minutos más tarde sus piernas morenas y desnudas cruzaban la calzada en dirección a la puerta del «Palas».

Por unos momentos, estuve tentado de sentirme satisfecho pensando que el uniformado portero no la dejaría entrar con aquella indumentaria, pero no fue así, si bien la detuvo en principio.

Bastaron unas cuantas palabras de ella, para que éste le abriera obsequiosamente la puerta, e incluso cuando Elsa pasó por su lado, se inclinó un tanto en una cortés reverencia.

Indeciso, pasé frente a la puerta y seguí un poco más. Después, aprovechando que el tráfico a aquella hora era bastante escaso, maniobré en plena calle y me acerqué al convertible rojo. Aparqué a su lado y con la mano empuñando firmemente la automática, me dispuse a esperar.

Mientras lo hacía pensaba en Elsa.

¿A qué había ido al «Palas»?

¿Qué relaciones tenía con aquel cerdo chantajista, tratante de blancas y traficante en drogas, esto último según las afirmaciones de la pobre Liz?

¿Acaso intentaba pactar con él en favor mío?

Si esto último era cierto, ¿qué pensaba ofrecer a cambio de mi rehabilitación?

Encendí nerviosamente un cigarrillo y clavé mis ojos en la puerta. Los minutos empezaron a transcurrir lentamente.

Llevaba el cuarto cuando consulté el reloj. Las tres y treinta minutos de la madrugada. Elsa seguía sin aparecer, y yo allí, expuesto a que cualquier policía de ronda me reconociera y diera al traste con todo.

Seguí esperando, no obstante.

Deseaba ver salir a Elsa de allí. Ahora, y después de dónde se había metido, y sospechando el resto, ella ya no me interesaba como posible informadora del «Cronicle». Ya no me interesaban las pruebas, contra nadie en particular.

Sólo me interesaba Chick Donalson. Para meterle una bala en el entrecejo y otra en el estómago. Patterson me acusaba de la muerte de mi esposa, si mataba a Donalson, no iba a ir a la silla por los dos, iría por uno solo. Por tanto, el «gángster» era mi principal objetivo y por culpa de Elsa.

Ya no importaba hacer las cosas dentro de la Ley. Aquel cerdo inmundo iba a acabar de una vez con el tráfico más sucio e inhumano del mundo: con la trata de blancas y el comercio de los estupefacientes.

Y con algo más: iba a acabar también con sus sucios chantajes. Mujeres buenas como Leila y la propia Elsa respirarían tranquilas cuando aquel cerdo estuviera fuera del mundo de los vivos.

¿Qué importaba la silla?

Después de todo, estaba solo. Nada ni nadie había detrás de mí que pudiera preocuparme en el futuro. Delante, Donalson. Eliminándole hacía un bien a la Humanidad.

Pero tuve que desistir de ello apenas acabar de razonar de este modo, al menos por el momento.

Elsa acababa de salir del «Palas». Iba sujeta por dos individuos por ambos brazos, y caminaba como si estuviera ebria.

Dos más iban detrás, con las manos dentro de los bolsillos de las americanas, y mirando a todos lados.

Comprendí al punto y mi corazón aceleró los latidos de manera desusada. Aquello tenía todas las trazas de un paseo a la luz de la luna. Pero de un paseo del cual nunca se regresa.

Di el encendido y esperé con los nervios en tensión que la condujeran a su convertible que, como he dicho, estaba junto a mí, a la izquierda.

Por un momento temí que lo hicieran así, por la sencilla razón de que si uno de aquellos cinco tipos miraba el «Opel Kapitán» y me reconocía, la ensalada de tiros iba a tener lugar allí mismo.

Pero no fue así. Elsa, empujada por los dos que la llevaban casi en brazos penetró dentro de otro coche situado quince yardas más allá. Los seis entraron dentro y el automóvil se puso en marcha seguidamente.

Desembragué y empezó la persecución a través de más de medio Nueva York hasta salir a la carretera por el puente de Brooklyn en dirección a Coney Island.

Pero yo sabía que no llegarían allí. Mucho antes, en cualquier paraje deshabitado, en cualquier descampado, la harían descender del automóvil y la acribillarían a balazos.

Dentro de unas horas, o tal vez días, cualquier patrullero la encontraría, sin un solo documento encima que probara su identidad.

Todo un paseo. Pero el último paseo que Chick Donalson iba a ordenar cumplimentar a sus secuaces.

Apagué los faros al llegar a plena carretera y guiando a oscuras, con una sola mano, seguí las luces traseras del automóvil de los «gangsters».

Mi estrella seguía brillando en el cielo ya que no me descubrieron. Puede que fuera debido a la casualidad, o a que yo procuraba interponer entre los «gangsters» y el «Opel» otro automóvil, sin importarme poco ni mucho que pensarán que era un loco para conducir a aquella velocidad, en plena carretera y con todas las luces completamente apagas.

Poco a poco el tráfico se hizo más escaso, y al punto comprendí que aquella carrera estaba llegando a su punto más culminante. Unas millas más allá y habría que jugarse el todo por el todo.

Fue una milla escasa más abajo cuando el automóvil que se llevaba a Elsa dobló súbitamente para internarse por un camino de carros. Hice lo propio, pero casi en el acto me aparté del camino para adentrarme en pleno campo, como si en vez de conducir un magnífico «Opel Kapitán» estuviera conduciendo un tanque por entre los arrozales pantanosos de Corea.

CAPÍTULO XV

Detuve el «Opel» detrás de unos tupidos macizos de matas, al darme cuenta de que el automóvil de los «gangsters» se había detenido también, quince o veinte yardas más allá.

Con el motor en marcha y el pie en el acelerador esperé. No fue mucho. Apenas un par de minutos antes de que las portezuelas se abrieran dando paso primero a dos de los «gangsters» y después a Elsa, seguida de los otros tres.

Suavemente apreté el acelerador y el motor rugió al máximo de revoluciones.

Casi al punto vi cómo los tres la rodeaban. Después oí un pequeño grito y luego las risotadas de los verdugos.

Acto seguido se separaron cuatro mientras el otro empujaba a Elsa, que en vano trataba de resistirse.

Luego el «gangsters» la golpeó arrojándola al suelo. Los demás rieron mientras el agresor retrocedía hacia sus compañeros y Elsa rodaba entre la hierba.

Comprendí lo que iba a ocurrir a continuación. Elsa se levantaría, y aquél sería el momento en que la acribillarían.

Entonces pisé el embrague, lo solté y apreté a fondo el acelerador.

Con un poderoso rugido el «Opel» saltó adelante. Torcí el volante y lo enfilé encendiendo los faros.

Durante unos segundos vi cómo se volvían, sus gestos de estupor y espanto y luego se dispersaron en todas direcciones, momentáneamente deslumbrados.

Pero para dos de ellos fue demasiado tarde. Noté con absoluta claridad el impacto de sus cuerpos contra el guardabarros derecho y luego un infrahumano grito de agonía rasgó la noche.

Entonces pisé el freno sujetándome al volante. Aun así, éste me dio en el pecho con bastante fuerza, pero no con tanta como para que no pudiera abrir la portezuela y lanzarme de cabeza al suelo mientras un abejorro de plomo se hundía en la carrocería.

Rodé dando vueltas hasta que quedé encarado al lugar donde yacía Elsa. Dos de los «gangsters» corrían hacia allí. Supuse acertadamente que trataban de servirse de ella como parapeto, o para detenerme a mí, y entonces disparé por dos veces.

El de la derecha se detuvo, abrió los brazos en cruz y se desplomó. El otro cometió una imperdonable equivocación al volverse hacia mí disparando.

Debió seguir hasta donde estaba Elsa, que, dándose cuenta de todo, no se había movido del lugar donde la derribó el «gángster». Debió hacerlo, porque de haberlo hecho, hubiera llegado junto a ella mucho antes de que mi bala le mandara al infierno con un agujero en medio del corazón, mientras que las de él, tres en total, aullaban las dos primeras junto a mi cabeza, y la tercera me golpeaba duramente el hombro izquierdo.

Los ojos se me nublaron y cal hacia atrás impulsado por el golpetazo mientras el grito de Elsa taladraba la noche.

Con un gemido intenté ponerme en pie cuando el quinto y último «gángster» disparó contra mí desde la trasera del automóvil que había traído.

La bala trazó un surco sangriento en mi pierna derecha a la altura del muslo y me hizo caer de bruces. Elsa volvió a gritar angustiosamente.

Yo no me moví. No lo hice hasta que el «gángster» salió de detrás del coche y avanzó un par de pasos. Entonces disparé una y otra vez, pegándole materialmente contra la carrocería del automóvil.

Cuando el martillo golpeó contra el percutor, dejé de apretarlo y tiré la automática al suelo. Me puse en pie vacilando. La pierna me fallaba a cada paso.

Pero no di muchos. Elsa corría hacia mí y en unos segundos la tuve a mi lado.

—¡Jeff! ¡Jeff! ¡Oh, Jeff, querido! Creí...

—¡Loca! —estallé sin poderme contener—. ¿Cómo se te ocurrió el meterte en la guarida del lobo? Si yo no te hubiera seguido

inmediatamente...

—¡Jeff, estás herido! —me interrumpió.

—Sí, pero no es nada de importancia. Puede esperar.

—No, Jeff. Todo puede esperar menos tus heridas. Estás perdiendo mucha sangre y no quiero quedarme viuda tan pronto. Anda, vamos, dentro del «Opel» te curaré.

Tiró de mí y la seguí sin rechistar.

Una vez en el interior, ella me ayudó a quitarme la chaqueta y la camisa. Con tiras de esta última hizo un tosco pero eficaz vendaje. Luego le tocó el turno a la pierna.

Cuando terminamos, Elsa miró por la ventanilla y se estremeció.

—Vámonos de aquí, Jeffrey. Es..., ha sido horrible.

Callé no deseando decirle que mucho más horrible iba a ser la muerte de Donalson, y a no tardar. Iría en su busca, aun estando herido, y tan pronto amaneciera.

Fue entonces cuando consulté el reloj. Las cuatro y cuarenta y cinco. Me pareció mentira que todo aquello hubiera ocurrido en cinco cuartos de hora.

—Sí, vámonos —dije.

Elsa tomó el volante. Maniobró hábilmente y después llevó el «Opel» a la carretera. Fue llegando a ésta cuando pregunté:

—Y ahora, ¿me lo vas a contar todo, tesoro?

No replicó, sino que continuó alejándose rápidamente de aquel lugar. Pero cuando las luces de Brooklyn se veían en la distancia, Elsa desvió el coche hacia la cuneta y lo detuvo bajo un enorme árbol.

Sin mirarme rebuscó dentro de uno de los bolsillos de la portezuela hasta que logró encontrar un arrugado paquete de cigarrillos. Alisados, los encendió y me puso uno en la boca.

—Sabía que me ibas a pedir eso, Jeff.

—¿Y bien?

—Sí, te lo voy a contar todo.

—¿Todo? —repetí.

—¡Jeff! Sí, todo. Después iremos al «Cronicle». Una vez allí esperaremos a que llegue la policía para detenerte, querido.

—¿Por qué al «Cronicle», Elsa?

Sonrió de tal modo que sentí cosquillas en la nuca. —Espera y lo sabrás —replicó. Hizo mía pausa durante la cual fumó y luego

añadió—: La cosa empezó tiempo atrás, Jeff. Fue casi cuando yo era una niña. Entonces Chick Donalson empezaba a subir ayudada por las mujeres, que hundía en el oprobio y en el vicio de las drogas. Fue... —Aquí vaciló de nuevo, y cuando siguió comprendí el esfuerzo que le costaba hacerlo—. Fue por causa de papá. Padre era un mujeriego. Le gustaban todas y tuvo varios devaneos. Una vez las cosas no le salieron tan bien como siempre porque la mujer en cuestión era aficionada a la heroína. Una mujer que dependía de Donalson, ¿comprendes? Hay una fotografía y Donalson presionó a padre. Pagó y siguió pagando hasta el momento en que murió.

«Cuando esto sucedió pasaron algunos meses en completa tranquilidad hasta que un día se presentó en casa el propio Chick Donalson. Pidió hablar con mamá y pretendió que les dejara solos. Pero no pudieron conseguirlo. Fue de este modo cómo me enteré de todo.

»Abreviando te diré que Donalson presentó la fotografía diciendo que conservaba el negativo. Mamá sufrió un disgusto, que la tuvo enferma mucho tiempo; pero pagó. Y seguimos pagando hasta que Donalson se asoció con Morganson. Sabía que si éste conseguía la alcaldía de Nueva York su poder criminal en la ciudad no tendría fin, y entonces vino a vernos. Ahora su petición era...

—Sí, lo sospeché siempre —la interrumpí—. Chick Donalson deseaba apoderarse del «Cronicle». De uno de los mejores y más serios diarios de la capital. Era una buena jugada. Pero ¿por qué le mató?

—Creo que es fácil de deducir, querido —replicó ella—. Morganson era un cobarde. Donalson se enteró que había caído en tu poder, y supo sin lugar a dudas que cantaría presionado por ti. Por eso mandó a rus hombres a la puerta del «Cronicle» para que os barrieran a todos.

—Sí, esto sí lo comprendo —repliqué—. Pero ¿quién le avisó?

—La misma persona que le dijo que tú estabas en casa.

Le miré sin dar crédito a lo que oía mientras fugazmente recordaba aquel seto y la figura de mujer que había creído ver escurriéndose por él.

—¿Quién fue, Elsa? —pregunté vacilando.

—Liz Grant, tu secretaria, querido.

No me tomó de sorpresa. Yo siempre había intuido algo de

aquello. Tenía la seguridad de que Liz sabía mucho más de lo que me contó.

Por eso la mataron. Porque sabía demasiado para la seguridad de Donalson.

Corroborando mis pensamientos, Elsa añadió:

—Liz sabía demasiado y por eso la mataron. Yo... Verás, Jeff —intentó justificarse—. Yo nada sabía. Ciertamente que el día que estuviste en casa para hablar de la venta del «Cronicle», y una vez que te hubiste ido la vi en la carretera; pero no relacioné nada hasta que no leí el periódico del día siguiente, en el que tú decías que acompañado de dos personalidades de Nueva York habías dado un paseo amistoso por la ciudad. ¿Quién podía estar tan bien enterado de que habías ido a vernos? Liz, a la que yo había visto cerca de casa, poco después de irte tú.

—¡Y no me lo has dicho hasta ahora, Elsa! —reproché—. Si lo hubieras...

Bajó pesarosamente los ojos al suelo y me interrumpió:

—Sí, Jeff. Tal vez Liz estuviera ahora viva. Pero ya no hay remedio.

Quise apartar aquellos torturadores pensamientos de su mente y añadí:

—¿Por qué quieres que vayamos al «Cronicle», Elsa?

Me miró con ojos que reflejaban la mayor sorpresa.

—¡Pero, Jeff! —exclamó—. ¿Es que no lo has comprendido aún?

Sí, la comprendí de un principio, pero aquello no me cabía en la cabeza. Repliqué, no obstante:

—Al parecer, Elsa, tú quieres publicar todo esto en el «Cronicle», ¿verdad? Te has dado cuenta de que con tu declaración Donalson está listo, ¿no?

—Sí, Jeff —replicó en un murmullo.

—Pero...

—No hay pero que valga, Jeff. Ahora es la ocasión. Quiero hacerle pagar a ese cerdo lo que ha intentado hacer esta noche conmigo.

—De acuerdo, querida —dije—. Pero aún no me has dicho por qué fuiste esta noche a verle.

—Fui a por esos negativos y a decirle que sabía quién mató a Leila y por qué. Le hablé de esos trescientos mil dólares y le dije

que no estaba dispuesta a dejar que te condenaran por un crimen que no habías cometido.

»Se rió de mí, Jeff. Me dijo que nunca tendría ese negativo, y que a pesar de la muerte de Morganson el “Cronicle” pasaría a su poder. Después empezó a hacerme proposiciones que quise desoír hasta que empezó a amenazar. Fue entonces cuando le solté que esta misma noche, mi declaración, debidamente firmada, saldría en primera página, y que podía hacer con el negativo lo que le viniera en gana. Se burló de nuevo, hasta que le dije algo que no le gustó. Entonces comprendió que no mentía y decidió eliminarme.

Como si intuyera mi pregunta, Elsa puso el coche en marcha y continuamos hacia Brooklyn.

CAPÍTULO XVI

Precisamente fue al llegar a Brooklyn cuando pregunté:

—¿Qué fue lo que le dijiste a Donalson que le obligó a suprimirte, querida?

El silencio dentro del automóvil, sólo roto por el suave runruneo del poderoso motor, se volvió súbitamente tenso.

Elsa no contestó hasta que hubimos atravesado Brooklyn, rectos ahora hacia Broadway, donde teníamos instaladas las oficinas del «Cronicle».

Y lo hizo cuando ya estaba pensando en preguntarlo de nuevo, y de diferente manera.

—Le dije a Donalson que una esposa, una buena esposa, tiene el deber ineludible de ayudar a su marido, a pesar del escándalo, y a pesar de todo.

Confieso que, aunque no la entendí bien, tragué saliva.

—¿Quieres explicarme esas palabras, Elsa? —pregunté bastante después.

Ahora sí contestó rápidamente y en tono alterado:

—¿Por qué no, Jeff? Le dije la verdad. Estoy casada contigo desde la misma noche en que nos reunimos en tu apartamento para cenar. Un juez nos casó, pero no quiso hacerlo hasta que se presentó Mulligan diciendo que estábamos prometidos desde hacía tiempo y que aquella noche habíamos salido para casarnos, pero que lo celebramos demasiado, en particular tú. Pero no estabas borracho, Jeff. Fui yo la que eché algo en tu bebida. Te perdí una vez, y no quise perderte otra. Al día siguiente, al mirarte de frente, no me atreví a decírtelo. Ahora tú dirás, Jeff.

Desde que empezó a hablar la estaba mirando, pero no volvió ni una vez su rostro, un tanto colorado, hacia mí, ni levantó los ojos

hacia el espejo retrovisor para mirarme a través de él.

—Mulligan actuó de testigo. ¿No? —pregunté.

—Sí, Jeff. ¿Y...?

No repliqué. ¿Para qué? ¿Qué podía decir?

Cierto que podía decir algo, pero en aquel momento no acertaba el qué.

En el más completo silencio llegamos a Broadway y de allí a la Redacción.

Elsa aparcó el «Opel» junto al bordillo de la acera y me miró.

—Jeff —dijo—, en mi declaración anterior he omitido algo: Donalson confesó haber matado a Leila porque la presionaba desde hacía tiempo, hasta que se rebeló. Fue cuando él la obligó a que se separara de ti, y después, falseando sus libros, logró trescientos mil dólares que robó al «fisco» como quien dice, y se los entregó a, ella para la campaña electoral. ¿Podemos publicar esto también?

—¿Vas a firmarlo tú, Elsa?

—Sí —replicó sin vacilar—. Si tú lo quieres.

—Hazlo, Elsa. Muchas familias en Nueva York te lo agradecerán sin contar la policía.

Abrió la portezuela sin replicar y se dispuso a descender del «Opel». Fue entonces cuando la tomé del brazo.

Giró el rostro hacia mí.

—¿Qué... qué quieres, Jeff? —susurró.

—¡Diablos! ¿Y eres tú quien lo pregunta? Una verdadera esposa debe besar de vez en cuando al marido, ¿no?

—¡Jeffrey! ¡Oh, querido! Siempre...

Sus brazos me rodearon el cuello y confieso que no noté la punzada que debió darme el hombro herido cuando Elsa unió sus labios con los míos.

Después, apoyándome siempre en ella entramos en la Redacción. Allí mi sorpresa creció, de punto, porque estaban todos los redactores, y, como cosa lógica, entre ellos, Mulligan y el jefe de las prensas, Forrester.

Al mirarme a los ojos, el primero comprendió que yo ya sabía la jugada que me habían hecho entre él y Elsa y sonrió. Le devolví la sonrisa, fui a preguntar, pero mi esposa se adelantó a ella:

—Esto me lo he callado, querido —dijo empezando a explicarse de nuevo—. En la calle 52 telefoneé al «Cronicle» advirtiéndole a

Mulligan que lo tuviera preparado todo para una edición extraordinaria. Luego, ante su petición le expliqué en qué consistía todo y me dijo que llamaría a los demás. Creo que han estado componiendo el mejor reportaje de la época —miró a Mulligan y preguntó—: ¿No es así?

Me dejé caer en un sillón. Al segundo siguiente me rodearon todos y me vi envuelto en cuartillas y pruebas de todas clases. Fue entonces cuando verdaderamente empecé a sentirme satisfecho. Al fin tenía algo entre manos que iba a acabar con Donalson y toda su pandilla. Al Simns, Leila y Liz serían vengados cumplidamente.

Asomaba él sol del nuevo día por entre los rascacielos del Manhattan cuando di fin a mi tarea. Entonces me levanté, y, apoyado en Elsa, descendí a la sala de máquinas.

Un rato más tarde ella me dejó solo y me admiré al ver cómo tomaba parte en los trabajos hasta que un rato después la vi cubierta de tinta de todos colores, más sonriente y feliz que nunca, mientras de vez en cuando me miraba. Al fin todo estaba terminado. Ahora sólo faltaba pulsar un botón para que todas aquellas mudas y silenciosas máquinas se pusieran en movimiento.

No di la señal que esperaban. Antes deseaba hacer algo más.

Por tanto, alargué la mano hacia el teléfono interior y descolgué el auricular. Unos segundos más tarde estaba dando la noticia a la «United Press».

Después me volví a mirarles a todos. Pero tampoco di la señal. Disqué un nuevo número y, casi en el acto, esta vez, oí al otro lado del hilo la voz de Donalson.

—Diga... ¿Quién llama?

—Jeff Brent —repuse.

—¡Cuernos! ¿No puede llamar a otras horas? ¿Es que ha pensado trabajar para mí?

Dejé que oyera claramente mi risa y luego repliqué:

—Nada de eso, Donalson. Le he llamado para decirle que su intento de eliminar a Elsa, mi segunda esposa, ha fracasado. Ella está aquí, y ahora mismo acaba de entrar en prensa el reportaje más sensacional del año. Está acabado, Chick. De ahí hasta la silla no hay nada más que un paso. Ya le dije que no se debe matar a un periodista. Ni a la mujer de otro.

Siguieron unos segundos de silencio, que él rompió

repentinamente:

—Usted no hará nada de eso, Brent. No publicará una sola línea de lo que le pueda decir esa histérica.

—Ya es tarde para arrepentirse, Donalson.

—¡No lo hará! —chilló haciendo vibrar el auricular—. Si lo hace le juro que le mataré.

Me reí de él, y, riendo, di la señal. Elsa misma pulsó el botón y el silencio que reinaba en la sala ele máquinas del «Cronicle» se rompió en mil fracciones diferentes.

—¿Qué es eso...? ¿Qué es ese ruido, Brent?

—Las prensas, Donalson —grité—. Las prensas. Pero no son éstas solas, ¿comprendes? Las de la «United Press» también están en marcha.

Colgué antes de que pudiera replicar. Donalson sabía muy bien que aquello era su final, como yo sabía también que el resto tendría que hacerlo la policía.

Acto seguido, y bajo la mirada amorosa de Elsa, me recosté contra el respaldo del sillón, encendí un cigarrillo y dejé vagar los ojos por las rotativas.

Después, bastante después, todos reíamos ante la presencia del teniente Patterson, que acababa de interrumpimos en unión de más de media docena de policías.

Venían a detenerme por el asesinato de mi propia esposa. ¡Ironías del Destino, ya que días más tarde el importe de la póliza se me hizo efectivo, y los trescientos mil dólares que habían pertenecido a Donalson pasaron a mi poder!

FIN

Aparecerá la próxima semana
en esta misma colección

Keith Luger

CRIMEN PARA VIOLONCELO



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**Libros prácticos
para el hogar
moderno**



**COLECCION
IRIS**

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO
por John N. Schindler, M. D.

ARTRITIS Y SENTIDO COMUN
por Don Otto Wexler

EL ARTE DE DESCANSAR
por Herman E. Schwartz

NUESTRO PRIMER HIJO
por el doctor Mario H. Costello

BAILAR ES FACIL
por Arthur Murray

VIVIR MEJOR
por G. B. Baffeta

VIVA EN PAZ CON SUS NERVIOS
por Walter C. Alvarez

COMO ADQUIRIR UNA SUPERMEMORIA
por Harry Loraine

INGLES PRACTICO
por Joseph M. Bonds

CONVERSAR Y CONVENCER
por Grace Stuart Hulley

FECUNDACION CONTROLADA
por el doctor Marchal y D. J. de Muro

LA CLAVE DE LA GRAFOLOGIA
por Francisco Lacueva

MEDICINA POPULAR
por el doctor O. G. Jarvis

HIPNOTISMO
por Desmond Dunn

VIVIR Y CONVIVIR
por Joseph Peck

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION
CIRCULO ROJO



Los archivos po-
licíacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Martha Scott

Nació en Montana el 22 de setiembre de 1916. La hemos visto recientemente en "Sayonara". De entre sus películas destacamos "Casados sin casa", "En el viejo Oklahoma", "Dueña de su destino" y "Sinfonía de la vida".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MONTAÑA NUEVA, 3 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain